

Los sonidos del **COVID**

Mirna González





EDITORES

LOS SONIDOS DEL COVID

Mirna González

Mirna González
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798366543613

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Corrección:
Alirio Hernández

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Dedicado a los amados hijos que Jaime
José y yo procreamos y recibimos como
un regalo de Dios, en quien creemos con
infinita fe.

A nuestros hijos, y a los hijos de nuestros
hijos... Lo único que podrá separarnos
es el olvido.

A mi familia toda, pilar fundamental que
sostiene mi vida.

A los compañeros de trabajo de Jaime
José, quienes siempre estuvieron con él,
orando por él, cuidando de él.
Lenín, Shelby, Navarro... y tantos otros.
¡Mil gracias!

Al personal médico, paramédico y de
seguridad del hospital donde Jaime José
y yo vivimos sus últimos días.

A nuestro amigo y hermano de vida, luz
en nuestro camino, Freddy Sarcos.

A la Dra. Cecilia Zabala, un ángel lleno
de magia.

A Daisy Romero, brazo que sostiene y
alivia la carga.

A mi buen amigo Alirio Hernández,
incondicional, fuente de ánimo y fe en
este trabajo. Sin él, esta historia, estas
notas escritas entre lágrimas y desvelos,
hubieran terminado en una papelera
cualquiera.

A mi amigo Luis Perozo Cervantes,
quien apareció en mi vida como una
estrella en la noche oscura, y me enseñó
que los sueños son tan grandes como el
cielo, y para realizarlos basta con creer
en ellos.

Agradezco al tiempo,
que se deja elegir...
venimos aquí para vivir.
Agradezco al tiempo,
que todo,
todo nos lo da;
nada de él se puede borrar,
solo podemos honrar cada segundo vivido,
o echarlo a perder,
creyendo que va quedando guardado
en los cajones del olvido.

PREFACIO

Cuando hace cuarenta y dos años nos conocimos y tras un corto noviazgo decidimos unirnos para siempre en matrimonio, jamás imaginamos que un azar pandémico nos haría rendir ante la lapidaria frase: «Hasta que la muerte los separe». Y sí, esta es mi historia, nuestra historia junto a los hijos, la historia de JJ y yo; una pareja como cualquier otra que logró superar los más disímiles obstáculos y disfrutar de los mejores momentos de la vida, antes de sucumbir al arrebato devastador de un insignificante (por microscópico) virus, del cual hasta el momento de escribir estas líneas no han podido determinar su macabro origen, y que cambió por completo la vida de los que amábamos a quien combatió con fiereza por su salud, hasta el último instante. La inefable muerte – implacable y tormentosa – nos catapultó así a una realidad para la cual no estábamos preparados, pues apenas una semana antes éramos la estable, armoniosa y engranada familia que por años habíamos sido. (Creo que merece la pena mencionar en forma de episodio aparte, que nuestros tres vástagos, procreados y “levantados” con el amor y dedicación propios de una madre impulsada, querida y apoyada por un excelente esposo y padre, más que aminorar, hicieron crecer el amor a un cuarto fruto de nuestras entrañas que no alcanzó a padecer las inconsistencias del existir, y decidió partir desde mi vientre con sus preciosas

alas de ángel, antes de nacer en este mundo de avatares e incertidumbre. Por otro lado, ser afortunada sobreviviente de cáncer, seguramente dejó en mí los cimientos de la fortaleza que luego debí tener para enfrentarme a las pautas del destino).

Pues bien, lo que a continuación entrego en forma de relato cronológico para su lectura con los pies puestos en la experiencia, y con el humilde propósito de alimentar la resignación esperanzadora de quien alcance a leerlo, no es más que el minuto a minuto de lo padecido en procura de la continuación de la vida, al tiempo que asoma un intento, una aproximación, a la manera más expedita para eludir los azotes de la fatalidad. Son variadas las indecibles construcciones afectivas que debimos restaurar ajustados al momento de ahora, motivado por la ausencia de un ser querido por partida doble; la falta de uno de los lados de mi cama, el cambio de plano de un padre ejemplar que supo granjearse – sin dejar lugar para la duda – la admiración y respeto de sus hijos. Lo mismo aplica para amigos, familiares, compañeros y vecinos.

Cada siglo – al menos desde que la humanidad documenta los anales de su memoria – la población del planeta se ha visto afectada por un evento con rango de cataclismo, que la coloca al borde del paroxismo debido al temor a morir, implícito en su propia condición humana. Todo el aparataje vanguardista provisto por el modernismo tecnológico actual, junto a los efectos unitarios de la – a todas luces fallida – globalización, no pudieron contener la pandemia al me-

nos en los plazos requeridos para evitar centenares de miles de fallecidos, a lo largo y ancho de la geografía mundial. En Venezuela no fuimos la excepción, (y es que no podíamos serlo), por cuanto las carencias y condiciones de insalubridad e incluso de inhabitabilidad de los grandes centros dispensadores de salud, se constituyeron en caldo de cultivo para una virulencia desmedida cuya amenaza de diezmar a la población, por sí sola constituyó un grande obstáculo a salvar.

Dejo aquí para reflexión y entendimiento, una experiencia de primera mano de la cual estoy muy lejos de ufanarme, pero que considero necesario dar a conocer, para que el mundo pueda contar con un testimonio escrupulosamente ajustado al acontecer pandémico personal, que nos paralizó y encerró como familia en el cautiverio de la incógnita y el miedo. Sean pues estas líneas, una fotografía de la desgracia de haber estado en el lugar y momento justos, donde probablemente no debimos estar. Algunos dirán que fue su destino, y yo, habiendo superado por mucho el período de aceptación y en proceso de alcanzar el de adaptación, insisto que otro desenlace pudo ser posible, de haberse dado las condiciones para la adecuada atención de su contagio.

Les invito a compartir conmigo una semana de angustia y desespero en un hospital venezolano, a expensas de los aterradores sonidos del COVID—19.

La autora.

Miércoles, 08 de diciembre de 2021

Son aproximadamente las nueve de la noche. Llamo de emergencia a la doctora Cecilia, quien nos está atendiendo a mi esposo y a mí, pues ambos dimos *positivo* a la prueba del Covid. Le hablo para notificarle que JJ (así le decimos quienes le amamos y los que pertenecen a su entorno íntimo) tiene dolor en el pecho y dificultad para respirar. Enseguida ordena que le hagamos una tele de tórax y en cuanto tengamos el resultado le llamemos.

Ya era tarde, por lo que sin perder tiempo nos fuimos a la clínica más cercana. Tan pronto llegamos lo atendieron, y al darnos los resultados llamamos nuevamente a la doctora. Su respuesta es alentadora, ya que en la placa no se observa nada extraño, solo lesiones típicas y comunes en un paciente con COVID—19, y eso hizo que JJ se sintiera mejor. Es muy nervioso, y cualquier sobresalto o preocupación hace reaparecer por condición emocional cifras tensionales altas. Gracias a Dios esta vez no fue así, sin embargo para que estuviera más tranquilo, la doctora le indicó una serie de exámenes para mañana temprano, prometiendo que al tener en nuestras manos los resultados pasaría a visitarnos. De regreso en el apartamento y ya dispuestos a acostarnos, le medí la saturación de oxígeno y esta se encontraba dentro de los límites normales, por lo que le preparé un té caliente y durmió bien toda la noche.

Jueves, 09 de diciembre de 2021

Por la mañana, tan pronto se levantó, le tomé la presión arterial y estaba en 120 / 90 (rango normal de sístole y diástole medidas en mm de mercurio), pero cuando le medí la saturación de oxígeno, esta me dio 89 %.(Lo normal sería entre 90 y 95 %; por debajo de 90 se define como hipoxemia).

Nos fuimos temprano al Laboratorio para que le tomaran las muestras de sangre, tal como estaba previsto. Al salir del centro de Bioanálisis le pregunté cómo se sentía y me respondió que estaba bien, solo que un poco cansado, y sabiendo que estábamos a unas pocas cuadras del hospital autorizado para atender a los pacientes con Covid, decidimos ir hasta allá para que lo examinaran, aunque ambos desde hace días veníamos siendo atendidos en casa por nuestra doctora de confianza, y recibiendo el tratamiento indicado.

Al arribar al hospital, la sala de emergencias estaba llena; sabía por las noticias que llegar allí y poder entrar para ser atendidos no iba a ser tarea fácil. Atravesamos la puerta que conduce a la Emergencia, e instantáneamente mi imaginación me trasladó a la época de las primeras pestes sufridas por la humanidad, y si bien es mucho menor el impacto, el olor a muerte que parece emanar de cada bloque y cada centímetro de la estructura es el mismo, el dolor es el mismo, el miedo es el mismo, la esperanza y la fe son las mismas.

Nos dirigimos a una doctora (en Venezuela se le dice doctor a los médicos aun cuando no hayan cursado el doctorado que los acredita como tal), que se encontraba recibiendo con agradable disposición y una amable sonrisa, a los pacientes.

—Buenos días doctora, traigo a mi esposo con diagnóstico de COVID—19 porque tiene mucha dificultad para respirar.

Me miró, sonrió amigablemente y con mucho aplomo me dijo que en la sala no había ni una silla donde poder sentarlo, que si quería esperar lo hiciera afuera. Mi cara se transformó sin ningún disimulo, hasta el punto de no importarme que ella lo notara. Salí del área con mucho disgusto y me senté con mi esposo en la orilla de la acera, frente a la Emergencia. Habían transcurrido muy pocos minutos, cuando un guardia de seguridad se nos acercó para indicarnos que allí no podíamos permanecer, por cuanto obstruíamos el paso. Esas palabras motivaron rápidamente el primer episodio de ira y frustración que registré en este hospicio, e incomodada como ya estaba, le respondí que mucho lo sentía por él, pero que de allí no me movería nadie.

—Mi esposo necesita atención inmediata, y la doctora me ha dicho que si consigo una silla lo atiende, y estoy llamando para que mi hijo traiga una para sentarlo y puedan así prestarle los primeros auxilios.

Ahora reconozco que se lo dije de una manera nada cordial, pero imagínense ustedes, ¿cómo no incomodarme? El señor de seguridad se retiró y casi de inmediato apareció de nuevo trayendo una silla bastante deteriorada, y me indicó que lo siguiera; la ubicó adecuadamente en la sala de emergencias, y hasta me ayudó a sentar a JJ para luego dirigirse al estar de médicos y decirle a la doctora que ya podía atendernos.

Quedé impactada por la calidad humana de ese señor, por eso quise agradecer su gesto con una sonrisa, y creo que él entendió mi vergüenza por haberlo tratado sin ninguna consideración. Cuento esto, porque me atrevo a asegurar que es el primer error que me hizo cometer la angustia cuando se unió a la desesperación. Entiendo ahora que las personas que laboran allí no son nuestros enemigos, ellos también están siendo maltratados por un sistema de salud deficiente sin recibir una justa remuneración, y sin embargo mantienen su vocación de servicio tan limpia e intacta, que no guardan ningún resentimiento para con nadie.

Comienza nuestra historia...

Mientras a través de los noticieros y las redes sociales en todo el mundo, anuncian y buscan la manera más eficiente y humana de hacerle frente a la pandemia del coronavirus, en este país la mentira fue constituyéndose poco a poco en una verdadera peste.

Sin ningún escrúpulo ni asomo de algún resquicio de vergüenza, los gobernantes han mentido descarada y sistemáticamente alterando así las cifras y estadísticas, mientras han dejado abandonados a su suerte no solo a los pacientes, sino también al personal médico y paramédico, al igual que al resto del personal de salud en general. Todos quedamos a merced de esta plaga que está azotando a la humanidad entera. ¡Qué descaro tan grande! (En este puto hospital no existe tan siquiera un consensuado protocolo anti COVID—19).

Ya en el acto médico, comenzó el ritual de preguntas: —¿Cómo se llama el señor? ¿Qué edad tiene? ¿Está vacunado? ¿Cuántas dosis? ¿Cuál vacuna? ¿Hace cuánto tiempo fue vacunado? ¿Desde cuándo presenta los síntomas? ¿Está recibiendo algún medicamento? ¿Trajo algunos exámenes?

Le mostré en la pantalla de mi teléfono celular el Rx de tórax que le realizaron anoche, y le informé que también se le tomó una serie de muestras para exámenes de laboratorio, cuyos resultados prometieron entregar a la 1:00 de la tarde. Enseguida salió del estar y se dirigió a donde se encontraba sentado mi esposo, para preguntarle cómo se sentía. Él le respondió que bien, que solo sentía cansancio y un poco de dificultad para respirar. Lo examinó allí sentado, le midió el porcentaje de oxigenación y cuando terminó, me pidió que la siguiera.

De vuelta en el estar médico volvió a preguntarme desde cuándo mi esposo estaba padeciendo Covid, y le cuento que ya tiene catorce días presentando temperatura alta y dolor en la garganta. Pero cuando se hizo la prueba del Covid dio negativo, sin embargo en su trabajo le suspendieron para que descansara y estuvo como una semana tranquilo, hasta que le volvió a dar fiebre y malestar. El pasado lunes nos hicimos la prueba y los dos dimos *positivo*, y desde entonces estamos recibiendo tratamiento anti—Covid. Le conté también que hace unos meses en la empresa donde trabaja le hicieron la prueba y dio *positivo*, y estuvo en aislamiento con tratamiento a pesar de no presentar ningún síntoma; a los días le repitieron las pruebas y en todas las que le hicieron dio negativo. Los médicos concluyeron para entonces que no tuvo Covid.

—¿Usted también tiene Covid?

—Eso es lo que arrojó la prueba, pero hasta ahora solo he sentido malestar de gripe. Quien me preocupa es mi esposo, porque después de tantos días debería estar mejor.

Ella, muy cariñosa, me dijo:

—Bueno señora, en el Rx de tórax su esposo no se aprecia mal, lo que me preocupa es la saturación de oxígeno, pues la tiene por debajo de 90 y debe recibir oxígeno para que pueda respirar bien y que no colapsen los pulmones, y además, debe recibir tratamiento

endovenoso.

Ante tan alarmantes palabras, le pregunté:

—¿Tan mal está?

—No, no está mal, pero precisamente eso es lo que debemos evitar.

—Si usted indica el tratamiento, se lo cumplimos en la casa al pie de la letra, porque incluso contamos con médico de cabecera.

—Mi amor, no es que yo quiera dejarlo por dejarlo; tu esposo necesita oxígeno, la saturación le está variando; de pronto tú tienes medios para el tratamiento, pero en estos momentos con tantos casos de Covid hay escasez de oxígeno en la ciudad. Además, es muy costoso y no sabemos cuánto oxígeno pueda llegar a necesitar, y si por casualidad se le acaba la bombona y no consiguen otra a tiempo, sería muy peligroso y es un riesgo que no podemos correr. La experiencia nos dice que cuando un paciente Covid comienza con variaciones en la saturación de oxígeno, lo más prudente es hospitalizarlo, ya que esta puede variar tan rápido que muchas veces si no se tienen las medidas a tiempo, puede ser fatal. Te aconsejo que te quedes tranquila y lo dejes, en el hospital lo observaremos y luego veremos, yo sé que estar aquí no es nada agradable pero te aseguro que le vamos a brindar lo mejor que tenemos en nuestras manos, y eso es nuestra atención. Por ahora, este es el sitio donde lo único que tienen asegurado los pacientes es el oxígeno, así que toma esta orden, dirígete a Admisión y diles que te den el ingreso. Luego me buscas para darte el trata-

miento y las indicaciones.

Las determinantes palabras de la joven galena me descolocaron por completo; me hicieron aterrizar en cuanto a las vueltas que da la vida, pues siempre había dicho a mis hijos y a mi esposo que si por malas me contagiaba de Covid, ni siquiera pensarán en traerme a este lugar. Pero reflexiono ahora en que una cosa es que se trate de ti, y otra cosa es cuando le toca al esposo que tanto amas y no quieres que algo le pase; porque en la casa a pesar de contar con un médico y los tratamientos, te sientes indefensa ante una situación de emergencia, y aterra pensar que se presente una y no puedas resolverla con la inmediatez requerida.

En medio de estos pensamientos encontrados, fui acercándome a JJ, quien parecía estar muy cómodo en aquella cosa que tenía por silla, y traté de explicarle lo que me había dicho la doctora. Sin esperar a que le diera muchos detalles, aceptó quedarse sin poner objeción alguna y eso me tranquilizó un poco, al menos no estaba tomando yo una decisión en contra de su voluntad.

Lo dejé solo, sentado a disgusto en esa silla oxidada que hasta tenía una pata medio desprendida; por eso la adosé bien a la pared para que no se resbalase.

Preguntando aquí, allá y acullá, al fin llegué a una oficina con un letrero descolorido que decía ADMI-

SIÓN. De momento no había quien pudiera atenderme, y varias personas estaban esperando, entre ellas tres señores muy molestos, porque llevaban allí más de una hora y aún no habían sido atendidos. Se les notaba cansados y llenos de impotencia y dolor; solo buscaban el acta de defunción para retirar el cadáver de su respectivo familiar, fallecido en horas de la madrugada por culpa del bendito Covid. ¡Dios! ¡Cómo me asusté! Voy llegando y ya me encuentro con la noticia de que una señora fallecida está rodando sobre una destartalada camilla de morgue por los pasillos del hospital.

Al cabo de un rato fui atendida, me entregaron la orden y sin perder tiempo me dirigí de vuelta a la emergencia, en dirección a donde estaba mi esposo, para que supiera que ya estaba de regreso y junto a él. Le llevé la boleta a la doctora, revisó en unas carpetas y no consiguió lo que buscaba, por lo que le dijo a la enfermera que consiguiera en otra área una hoja reciclable para poder hacer las indicaciones. La enfermera le contestó que debía esperar porque en toda el área de Emergencia no tenían dotación de papel.

¡Guau! Casi que la que se asfixia soy yo. Busqué en mi cartera y encontré una factura arrugada, traté de alisarla un poco y se la pasé a la doctora preguntándole: ¿Le sirve esto? La tomó y me respondió satisfecha: Sí... cualquier cosa donde pueda escribir estará bien, eso me sirve, gracias.

Son casi las doce del día, la doctora me entregó el papel con las indicaciones, y me informó que lo primero que debo buscar es un manómetro de oxígeno para la bombona, porque no hay ninguno disponible debido a que con tantas emergencias todos están ocupados. Enseguida llamé a mi hijo y le comuniqué que a su papá lo habían hospitalizado y que necesitábamos con urgencia un manómetro para que pudieran colocarle el oxígeno. De entrada, Luis Alejandro se alarmó porque no imaginó que estuviéramos en el hospital, y comenzó a hacerme preguntas desesperadas. Traté de calmarlo respondiéndole que todo estaba bien, que era muy importante pasar por el Laboratorio a retirar los resultados de los exámenes y traer el manómetro lo más rápido posible, y que cuando llegara al hospital le contaría todo con detalles.

Mientras mi hijo llegaba estuve conversando con JJ, él estaba de buen ánimo, y le pregunté la hora y si sentía hambre. Solo me respondió que no, (asumí que se refería al hambre, pues no mencionó la hora) antes de que Luis Alejandro me llamara para decirme que ya estaba saliendo al hospital, que hasta allí le iban a llevar el manómetro unos señores que lo distribuyen. Preguntó si necesitábamos algo más y le dije que trajera un jugo para su padre; hacía calor, (a pesar de que el aire acondicionado estaba funcionando), pues había demasiada gente en la sala. Era impresionante ver a tantas personas de todas las edades, jóvenes,

mayores, mujeres, hombres, llegar con síntomas de Covid. Hubo un momento en que cerraron las puertas porque ya no cabía nadie más; yo observaba a los médicos y enfermeros moverse de un lado a otro, varias veces pensé en salir de allí corriendo, pero no se trataba de mí, el paciente era mi esposo...

Cuando mi esposo vio llegar a nuestro hijo se sintió feliz. Le acompañaba la doctora Cecilia, quien es su novia y a la vez la médica que nos está atendiendo. Él mismo les contó que se sentía un poco mal, que nos íbamos a quedar mientras mejoraba.

Llamaron por teléfono al hijo, era el señor que le traía el manómetro, y fue Cecilia quien salió a recibirlo, para luego presentarse en el estar de médicos, donde se identificó como colega. La doctora le sugirió buscar al oxigenista y entregarle el manómetro a él directamente, para colocar el oxígeno lo más pronto posible.

—Vieja, ¿y por cuántos días es el tratamiento? ¿Cuánto debo traer de cada medicamento?, preguntó mi hijo visiblemente dispuesto a colaborar en lo que hiciera falta.

Para poder responderle, hube de buscar a la doctora y reformularle las preguntas. Me indicó que lo buscáramos para tres días, ya que mi esposo se quedaría solo por prevención, y de seguir igual, lo daría de alta a más tardar el domingo.

Habiendo recibido de inmediato esta información, Luis Alejandro y su novia partieron aprisa a buscar los medi-

camentos para comenzar de una vez con el tratamiento.

Cuando mi hijo salió, JJ llamó a la oficina y le contó a su jefe que lo iban a dejar internado, lo que provocó que enseguida todos allí se preocuparan y le ofrecieran servirle en lo que necesitara, sin dudar en llamarlos.

Pasado un buen rato llegó el técnico oxigenista arrastrando una bombona grande de oxígeno, y el contacto del metal con el piso producía un ensordecedor chillido, un ruido intenso como el de una campana rozando contra un utensilio rallador. Ese atosigante y espantoso sonido erizó mi piel, y no logré entender en esos instantes el porqué; pero no me gustó, me sacó de mi zona de relativa estabilidad y retumbó punzante en mis oídos, trasladándome a esas iglesias antiguas donde el repique de campanas anunciaba la muerte de un lugareño... y de inmediato me persigné.

Cuando el oxigenista quiso instalar el manómetro a la bombona, notó que el aparato estaba dañado. Me preguntó si era usado y le respondí que no, que era nuevo, que mi hijo acababa de comprarlo, y entonces me explicó que le faltaba una pieza y que la base estaba partida; me sugirió ubicar rápidamente a mi hijo para que lo cambiara lo antes posible, y que en cuanto tuviera el reemplazo le avisara enseguida. Sabiendo que mientras no tuviéramos la nueva pieza en nuestras manos JJ continuaría sin recibir el oxígeno que tanto requería, llamé a mi hijo para contarle lo que estaba pasando, sin calcular el desespero que le ocasioné con

esta noticia. Afortunadamente Cecilia aún estaba con él y logró calmarlo, diciéndole que ella se haría cargo de resolver la situación, pero que en nada ayudaría verlo con una alta carga de angustia. Con este “chantaje” logró parcialmente tranquilizarlo.

Al cabo de unos minutos recibí la llamada de Cecilia, anunciándome que iba a pasar por el hospital un señor que se trasladaba en moto, para entregarme otro equipo y que debía devolver el que estaba dañado, que estuviera pendiente de eso y que en cuanto ellos tuvieran los medicamentos enseguida los llevarían. De nuevo me preguntó si necesitaba algo más, y le respondí que solo quería agua para hidratarme, pues en mi mochila cargaba papel sanitario, toallas húmedas, gel antibacterial, mascarillas, y hasta una toalla y una sábana, gracias a que la noche anterior habíamos salido a la clínica y siempre he tenido la costumbre de cargar en el bolso de todo un poco.

Iban a ser las tres de la tarde cuando apareció el señor con el manómetro y casi al mismo tiempo mi hijo y su novia. Buscamos al oxigenista y esta vez sí funcionó el manómetro, por lo que mi esposo enseguida comenzó a recibir el oxígeno y eso lo hizo sentir mucho mejor. Se le entregaron los medicamentos a la doctora que lo estaba asistiendo y esta le ordenó a un enfermero que comenzara a suministrar el tratamiento. Lo trágicamente cómico es que tampoco había parales disponibles para la solución, y bueno, Cecilia

como médico está acostumbrada a resolver con lo que se tenga a mano, y buscó entre las paredes y el techo un clavo o algo que sirviera de soporte, hasta que encontró uno, y con cinta elástica para cabello colgó la solución, para luego ayudar al enfermero con la exacta implementación del tratamiento. Cuando todo estuvo listo, Luis Alejandro y Cecilia volvieron a salir.

Las cinco de la tarde y parecía que los enfermos se multiplicaban; había pacientes por todos lados, aquello parecía un hospital en zona de guerra, con la diferencia de que allí los médicos solo cuentan con su corazón y un par de manos para atender tantas emergencias. La mayoría llegaba ahogándose y cuando sabían que debían llevar de entrada un manómetro (que cuesta en los “bajos fondos” cincuenta dólares), ya de pura impotencia quien quería morir era el familiar, y eso sin contar con la larga lista de medicamentos que pedían en un pedazo de papel, si acaso el médico conseguía alguno donde poder escribir.

Trataba en todo momento de entretener a JJ para que no se angustiara, porque si se ponía nervioso corría el riesgo de que subiera su tensión arterial. Ya oscurecía cuando apareció de nuevo el oxigenista seguido de ese horrible ruido marchando junto a él, y me sorprendió saber que la bombona era para mi esposo, pues pensé que sería para una señora bastante mayor que había llegado algo así como una media hora antes, y a pesar de que estaba mal, ella sonreía,

hacía chistes y cantaba. Por un momento me atreví a pensar que su canto era una especie de ritual llamando a la azarosa muerte para que fuera por ella, puesto que se le veía alegre, tranquila; su angustiada hija parecía la enferma, la pobre hacía llamadas, lloraba, iba y venía sin control, y su madre solo se ocupaba de toser y medio respirar para después retomar su canto.

Intranquila pregunté al enfermero el porqué de otra bombona si la que estaba en uso la habían colocado a las tres de la tarde, y me calmó diciéndome que no estaba llena cuando la trajeron, pero la que estaba instalando sí lo estaba. Luego nos aclaró que ellas duran de acuerdo a la cantidad de oxígeno que se le suministre al paciente.

Esta vez eran pasadas las nueve de la noche cuando se me acercó un enfermero para decirme que acababan de desocupar una camilla, y que preparara a mi esposo para trasladarlo. Me pareció extraño que decidieran ubicarlo en un cubículo, cuando había pacientes en peores condiciones que él, pero eso no era un tema a discutir con el amable paramédico. Además, JJ llevaba horas sentado en aquella horrible e incómoda silla y yo también estaba cansada de permanecer de pie. Cuando estuvimos listos le avisé al enfermero y enseguida nos condujo hasta el cubículo, donde había dos camillas, la otra era ocupada por un señor que tendría más o menos la edad de JJ (71 años), que estaba acompañado por su esposa y llevaban varios

días allí. Cuando terminamos de instalarnos, sentí que habíamos llegado a la habitación de un hotel cinco estrellas: tenía una camilla sin sábana, una mesa de noche con dos gavetas llenas de chiripas en todas sus partes, un banquito para los pies y una mesita auxiliar semi oxidada que era usada por el personal de enfermería cuando iba a cumplir el respectivo tratamiento.

Primero rocié la camilla con antibacterial y alcohol, luego coloqué la sábana que tenía en el bolso, la toalla la puse de almohada y el resto de las cosas las acomodé a un lado de la cama. No quise guardar nada en el gavetero, todo lo dejé en el bolso, inclusive los medicamentos, y antes de acostarse JJ me dijo que quería ir al urinario. Como no sabía dónde queda, me presenté a la señora de al lado ya que de ahora en adelante iba a ser mi vecina y algo así como mi guía, y necesitaba que alguien me pusiera al tanto de cómo funcionan las cosas allí dentro; le pregunté entonces dónde quedaba el baño para pacientes y me respondió:

—¡No mija! Aquí no hay sala sanitaria para los internos, solo hay baños comunes donde tienes que entrar nadando porque están inundados. Los pacientes que no pueden moverse orinan aquí mismo en un pato, y si no tienen uno usan una botella plástica de refresco, la cortan un poco más arriba de la mitad y allí orinan. Luego el acompañante va al baño y tira la orina.

Mi esposo, que escuchó el tétrico relato, me dice que igual quiere ir, que lo lleve pronto porque se está ori-

nando y no tenemos pato, y en vista de que aún no han venido a instalar el oxígeno, accedí a llevarlo. Con mucho cuidado lo tomé por la cintura y despacio fuimos caminando entre pasillos llenos de enfermos. (A pesar de haber pasado todo el día en la sala de emergencias, no me había movido del lado de mi esposo; solo lo hice para ir a la oficina de Admisión y al estar de enfermería que está ubicado casi al frente. Por lo demás, no conocía ninguna otra área, pero de verdad fue impresionante, no sé cómo describir esa sensación de horror, tristeza, miseria, y no sé qué más).

Lo que me resultó más curioso de todo, fue enterarme que allí no solo había pacientes de bajos recursos, o de clase media venida a menos en los últimos años, sino también personas adineradas que habían estado en clínicas privadas, y cuando ya las compañías de seguros no cubrían los gastos porque agotaban el monto de la póliza, no quedaba más remedio que ir al hospital. También supe de pacientes que estaban como particulares igualmente en clínicas, y al quedar sin dinero suficiente para seguir costearo los gastos bastante onerosos, habían tenido que acudir al sector público. Había también casos de familias enteras con COVID—19, todos bajo estricto cuidado médico; es algo que pudiera parecer increíble y por eso hay que vivirlo o estar muy cerca para entenderlo.

Cuando logramos llegar al baño, comprobamos que ciertamente era una verdadera odisea entrar allí. Había agua

por todas partes, menos en los tanques de las pocetas. Afortunadamente andábamos con zapatos tenis, pues de no haber sido así, los pies se nos hubieran infectado. Ayudé a JJ como pude a que orinara y luego nos regresamos al cubículo, donde ya se encontraba el oxigenista esperando para cumplir con su labor. Era un tipo muy agradable, amable y conversador, por lo que nos dijo:

—Qué suerte que lo hayan pasado para este cubículo que tiene oxígeno de pared, porque generalmente lo reservan para pacientes que están muy mal o para un recomendado; aquí no van a correr el riesgo de quedarse sin oxígeno, y tampoco van a usar el manómetro.

—Tenga, guárdelo bien, que ese aparato aquí vale más que el oro, (le dije a mi esposo en son de chiste). De haber sabido antes lo del cambio para acá, nos hubiéramos ahorrado los cincuenta dólares...

—Tienes razón, añadió él, y de ese mal chiste nos reímos un buen rato.

Rápidamente se quedó dormido, estaba cansado después de pasar todo el día sentado en aquella silla, y creo que al pobre debió dolerle hasta el alma. Me senté en el banquito de los pies, solté las trenzas de los tenis y estiré todo lo que pude las piernas, (que ya me dolían), y me dispuse a conversar con mis nuevos vecinos. Comenzaron entonces a darme información de cómo funcionan las cosas en el área de Emergencia y por supuesto, en el resto del hospital.

Mientras conversábamos, saqué el manómetro de la

caja y lo dejé en su estuche de anime, lo cubrí con una bolsa, acomodé los medicamentos en la caja, y las soluciones, inyectadoras y otros insumos médicos los guardé en un mini morral donde ya estaban la sábana y la toalla. En mi bolso de mano dejé el resto de las cosas que no iba a usar de momento, y coloqué nuevamente todo a un lado de la camilla, contra la pared.

A las 10:00 fueron a cumplirle el tratamiento. El enfermero me preguntó si tenía los medicamentos, le respondí que sí y le pasé la pequeña caja donde los había ordenado. También me preguntó si por casualidad tenía alcohol, adhesivo y algodón, y le pasé el morral donde estaba todo lo que era material de apoyo, y el enfermero sonriendo me dijo:

—¡Pero señora, usted está mejor equipada que la farmacia! Lo miré con empatía y devolví la sonrisa, y entonces preguntó:

—¿Por casualidad el señor es hipertenso? Le respondí que sí, busqué en mi bolso el tensiómetro y se lo entregué junto al termómetro, haciéndole saber que había tenido fiebre. Le midió la tensión y la temperatura, y moviendo la cabeza de un lado a otro me devolvió los implementos; pero ya cuando se iba a retirar, el paciente de al lado me preguntó si podía prestarle el tensiómetro, porque él también es hipertenso y desde su ingreso no le habían medido la tensión. Le respondí que sí, que no había ningún problema en prestárselo, y entonces le pidió al enfermero que se la tomara, y en efecto, la tenía un poco alta. El

enfermero me miró y comentó que en Emergencia existe un solo tensiómetro y lo tienen destinado solo para las urgencias que llegan. Antes de retirarse me dijo que pasaría de nuevo a las dos de la madrugada para colocarle otro tratamiento, y me preguntó si podría retirarle la solución cuando se acabara, que solo debía estar pendiente en aproximadamente unas tres horas. Le respondí que no se preocupara, que así lo haría.

Finalmente se retiró y de inmediato mi esposo, que había despertado para recibir el tratamiento, me pidió agua y me dijo que tenía ganas de orinar. Pensé que eso sí que no iba a poder ser, porque tenía puesto el oxígeno más dos soluciones, y lo peor de todo, estábamos sin pato. La vecina, experimentada ya en esas cuestiones, intervino:

—Te toca inventártelas, allí tienes una botella vacía, córtala y hazle un envase para que orine. Mi esposo y yo nos miramos sabiendo que no nos quedaba de otra. Ahora el problema era cómo cortar la botella, pero se me ocurrió revisar mi bolso a ver si por casualidad encontraba algo que me sirviera, y pues sí, encontré un cortaúñas. Con razón dicen que el bolso de una mujer se respeta, y no sé cómo lo hice, pero esto funcionó y mi apurado esposo pudo orinar.

Gracias a Dios nuevamente pudo quedarse dormido, y mientras todo esto pasaba, también estuvo pasando el tiempo. De pronto apagaron las luces, miré el teléfono y ya eran las 11:30 de la noche; hacía calor,

toqué a mi esposo para ver si sudaba, pero no, se sentía fresco. Los señores de al lado dormían, no sé cómo hizo esa señora, pero siendo que esas camillas son bastante angostas y ella estaba un poco pasada de peso, aun así se durmió acostada al lado de su esposo.

Revisé el teléfono y noté que estaba casi descargado. Busqué a tientas el toma corriente para conectar el cargador, y por suerte no fue difícil encontrarlo; cerré por unos minutos los ojos, pues quería poner mi mente en blanco para asimilar lo que estaba sucediendo. Cuando ya había comenzado a respirar profundamente, escuché unos gritos desesperados: era una mujer que llamaba a la doctora.

—Doctora, por favor, venga rápido que mi mamá se muere...

En segundos se encendieron nuevamente las luces, apareció el enfermero, pero la mujer continuaba gritando.

—Se está ahogando, apúrese...

La emergencia era en el cubículo de al lado. Me levanté, y al acercarme a mi esposo, pude constatar que gracias a Dios aún dormía, sé que estaba cansado. Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón y saqué el oxímetro, lo coloqué en su dedo con mucho cuidado de no despertarlo e hizo un leve movimiento, pero continuó dormido. El porcentaje de oxigenación se marcó en 96, y eso trajo tranquilidad a mi fatigada mente. Para entonces la señora que gritaba desesperada se había

calmado; ya la doctora se encontraba con la paciente, pero ahora quien daba carreras era el enfermero, tratando de encontrar lo que la doctora le pedía.

De nuevo llegó la angustia al cubículo contiguo, la señora casi a gritos le pedía a la doctora que la ayudara, que no tenía bolsas de solución ni el medicamento que necesitaban para sacar de la crisis a la paciente, y ahí fue cuando me angustié y me puse en su lugar. Miré a mis vecinos y estos ni se movían, parecían momias, o se hacían los dormidos para no involucrarse en algo que ellos no podían resolver.

Lentamente me acerqué a la doctora, que estaba tratando de calmar a la señora, y queriendo hacerla entender que ese medicamento era imprescindible para tratar a su mamá. Cuando escuché la palabra mamá entendí el desespero de aquella mujer; vi al enfermero y le hice señas para que se acercara, y cuando lo hizo, le pregunté en voz baja qué estaba sucediendo, y qué era lo que esa señora necesitaba con tanta urgencia. Me explicó que era necesario pasarle una solución y suministrarle un medicamento que la paciente no tenía y en la farmacia del hospital tampoco lo había, y entonces le pregunté:

—¿Qué tan importante es ese medicamento?

Me respondió que si no se le administraba, la señora podía morir. Eso me perturbó, y le pedí que revisara entre los medicamentos de JJ para ver si allí estaba, y

él, que ya había visto lo que teníamos, me dijo en el acto que sí, pero que esos eran los medicamentos de mi esposo. Busqué aprisa la cajita y se la entregué para que lo tomara, y contrariado me dijo que no, que eso no era así, que cada paciente debe tener en su haber los medicamentos, solo que lamentablemente hay personas que no tienen el suficiente dinero para mantener un adecuado *stock*, y el hospital con la crisis habida no estaba prestando toda la ayuda que debería.

Escuché nuevamente a la mujer llorar con desesperación, y fue allí que casi le ordené al enfermero que tomara lo que necesitara y fuera a salvarle la vida a la paciente. No había tenido tiempo de aprenderme los nombres de todos los medicamentos, razón por la que no sabía cuál entregarle. El enfermero ante la insistencia terminó aceptando mi propuesta, y me pidió además una bolsa de solución, adhesivo e inyectadora, y salió casi corriendo. No sé qué pasó en ese cubículo, solo sé que entendí de esa manera, que nuestro camino por los decepcionantes vericuetos de este lugar apenas comenzaba.

Volví a mi banquito, (que se había constituido en incómodo lugar de descanso), y observé que mi esposo aún dormía y de vez en cuando se movía. Miré la hora, ya era cerca de la 1:00 de la mañana, revisé el medicamento y comprobé que se estaba terminando. Lo retiré sin poder evitar que él despertara, y le pregunté cómo se sentía, a lo que respondió que bien,

que solo sentía ganas de orinar. Le coloqué la botella que servía de pato, orinó bastante, y esto es indicativo de que el improvisado adminículo le acomodó mejor. Me dijo entonces que tenía frío, cosa que me extrañó, porque a pesar de que en la sala hay aire acondicionado, no se sentía buen clima. Le tomé la temperatura y estaba bien, busqué mi *pashmina* en el bolso y se la coloqué encima, le di un beso y le pedí que descansara. Por suerte, él tiene un sueño bendito, es de las personas que despiertan y enseguida vuelven a dormirse; siempre le he envidiado ese don, porque yo si despierto ya no duermo más.

Nuevamente volví a mi improvisado asiento, ya no escuchaba llanto ni voces altas al lado, parece que todo había pasado; apoyé la cabeza en la camilla, le tomé una mano a mi esposo y así me quedé largo rato. El tiempo pasó rápido, pues me pareció que apenas habían transcurrido instantes cuando llegó el enfermero a renovar el tratamiento.

Antes de pedirme los medicamentos me dijo: ¡Gracias! Le sonreí sin decir nada, y al momento la vecina se levantó, le entregó el medicamento de su esposo y cuando estuvo listo el nuevo tratamiento, volvió a acostarse en la camilla y así se quedó. De nuevo se apagaron las luces, y yo en total desvelo miré el teléfono y comprobé que la batería ya tenía carga. Lo tomé para revisar mi *WhatsApp* y encontré dos mensajes entre muchos más: uno de la hermana de JJ que

vive en Colombia, y el otro de nuestra hija que también está fuera del país. Imaginé la angustia que debió estar sintiendo, pues entre ella y su padre siempre ha existido un amor envidiable, creo que su hermano debe haberla puesto al tanto de todo, sin embargo mañana a primera hora la llamaré.

El resto de los mensajes era de compañeros de trabajo brindándole apoyo, dándole bendiciones y poniéndose a la orden para lo que necesitara. Mi cabeza daba vueltas, no lograba calmarme, fue entonces cuando abrí mi tabla electrónica y sin pensar comencé a escribir todo lo que nos estaba pasando, y así permanecí hasta que nuevamente se encendieron las luces. Se escuchaba mucho ruido al otro lado, parecía ser por los pasillos que van a dar a los baños, y de repente todo cambió, sentí frío y ese sonido: *rummm... rummm... rummm*, cada vez más fuerte. Entonces cerré los ojos y traté de rezar un Padre nuestro, y sucedió algo muy extraño: por mucho que quería orar, solo lograba decir *Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre...* y allí quedaba, mi mente no era capaz de recordar lo que sigue, y comenzaba de nuevo... Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre... y volvía a parar, a pesar de que durante toda mi vida desde que tengo uso de razón he rezado el Padre Nuestro, y esta madrugada que tanto lo necesitaba, no fui capaz de recordarlo. Eso al principio me aterrorizó y luego me dije: ¡Todo está bien! tranquilízate, es solo un olvido, estás cansada, asustada... respira, respira, respira, uno, dos,

tres... respira, respira, respira... uno, dos, tres.

Se encendieron todas las luces, había tres médicos y dos enfermeros en el estar cuando mi esposo despertó. Al preguntarle cómo había amanecido, cómo se sentía, me dijo que quería orinar, petición esta que me llevó a decirle que aún no había podido ir al baño a vaciar la botella, pero me aseguró que no importaba, que después la botara, porque se estaba orinando. Le comenté que esas fuertes ganas eran por las soluciones administradas; esta vez se levantó, orinó, volvió a la cama, le acomodé la máscara del oxígeno, y le revisé la vía y los medicamentos, constatando que ya faltaba poco para que se acabaran.

Los vecinos también despertaron, el señor orinó ayudado por su esposa, y luego con amabilidad nos dio los buenos días y se puso a revisar el teléfono. En el estar el personal intercambiaba comentarios y revisaba las historias de los pacientes, y aproveché que no había movimiento para dirigirme al baño a botar el orine de la botella, la cual ya estaba llena. Traté de ir rápido y no desviar mi mirada hacia los lados (pues todo era camillas y enfermos), y cuando iba llegando al pasillo que da a los baños, ¡Dios mío!... allí había tres cadáveres uno encima de otro, tirados en el piso, arrojados con sábanas sucias; se veían los pies y las manos, la escena era escalofriante, aterradora, deprimente, como sacada de una novela de terror. Sentí náuseas, escalofrío, volteé la mirada para un lado y vi a unas personas que lloraban en silencio, con cara de-

macrada y el dolor pintado en todo su cuerpo, en su ropa. Y yo, que siempre he sido fuerte, que no temo morir ni me espanto fácilmente, pude comprobar *in situ* que realmente no le temo a mi propia muerte, pero cuando te topas con ella en total desventaja, es otra cosa. Aceleré el paso hasta llegar a los baños que, igual que ayer, estaban horribles; vacié la botella, la lavé como pude y salí de allí casi que corriendo, para luego toparme de nuevo con los cuerpos. No sé cómo llegué al cubículo, coloqué la botella debajo de la cama, verifiqué que mi esposo aún dormía, y para mí fue un alivio que no viera lo pálida que debí estar en ese momento. El medicamento ya se había acabado y lo retiré; aún el personal médico permanecía en el estar; en el cubículo de al lado estaban dos enfermeros cumpliendo tratamiento, ya era más de las cinco de la mañana.

La vecina me habló para decirme:

—Me di cuenta de lo que hizo anoche, y le voy a comentar algo que espero no lo tome a mal. Está bien que quiera ayudar, usted apenas va llegando, pero sepa que aquí se sobrevive, lo que tenga cuídelo con su vida porque esa es la vida de su enfermo. ¡Aquí nadie da nada!

Sonreí amigablemente y le di las gracias por su consejo, antes de preguntarle:

—Dígame algo, ¿cuántos cadáveres ha visto desde que está aquí? Me miró con rostro de piedra y res-

pondió fríamente:

—¡Muchos! me dijo tajante, y luego fue ella quien preguntó con un dejo de ironía:

—¿Ya se tropezó con alguno?

—¡No... me tropecé con tres!, le contesté desinhibida.

Se levantó, me puso la mano en el hombro, y su esposo sentado en la camilla me dijo:

—Mire señora, esto es duro, nosotros llevamos aquí una semana, ya estoy mejor, y estamos locos por irnos de aquí, o que nos suban a piso.

Viernes, 10 de diciembre de 2021

Llegaron los enfermeros a colocar el primer tratamiento del día, y me preguntaron:

—¿Cómo pasó el señor la noche? ¿Cuántas veces orinó? ¿Fiebre? ¿Vómito? ¿Es hipertenso?

Ante el requerimiento de los medicamentos que correspondían para la hora, les pasé la cajita, y les dije que llegamos apenas el día anterior y por eso no tenía las indicaciones, que allí estaba todo lo que pidieron, para que por favor revisaran. Me explicaron entonces cómo es la rutina, los horarios en que le toca cada tratamiento, me indicaron que todo lo que es tomado debía dárselo yo, y que si llegara a notar que tiene dificultad para respirar, llame enseguida al médico de guardia para que le mida la saturación de oxígeno. Les comenté que tenía oxímetro y que yo misma se

la media, que hasta ese momento la había mantenido entre 94 y 96. También les dije que le tomaba la temperatura, y que durante la noche no presentó fiebre; sin embargo se quejó de que sentía frío. Busqué el tensiómetro para que chequearan la tensión, y al hacerlo comprobaron que se mantenía en 12 / 9. Me preguntaron si tomaba medicamentos antihipertensivos y les respondí que sí.

—¿Los tiene aquí?

—Sí, sí los tengo.

—Entonces debe dárselos a la hora acostumbrada.

Se dirigieron luego a JJ:

—Vamos a colocarle su tratamiento, ¿cómo se siente? Mi esposo, (dramático de toda la vida), puso cara triste y con la voz apagada respondió:

—Un poco débil y mareado.

—¿Se quiere sentar?

—Sí, sí quiero.

Lo ayudaron a sentarse, limpiaron bien su brazo con toallitas húmedas que les facilité, para luego proceder a pasarle los medicamentos.

—Puede comer comidas blandas, sopas, jugos naturales pero sin hielo, ¿ok? Ya está listo, descanse y volvemos a vernos a las 10:00, aquí termina mi guardia. ¡Cúidese!

Dicho esto, uno de ellos se me acercó para decirme:

—Lo que hizo anoche muy pocos lo hacen. Yo vuelvo el domingo, pero espero que su esposo mejore

pronto y puedan marcharse de aquí.

En medio de todo esto, en ese momento logré sentirme bien por la positiva evolución de JJ (al menos no había empeorado) y en mi fuero interno sentí satisfacción por haber contribuido la noche anterior, a disminuir el dolor de un semejante, cuando doné el medicamento que requería. Entonces por primera vez desde que llegué aquí, me tomé unos segundos para pensar en mí. No sabía qué hacer, desde el día anterior cuando salí de mi casa no orinaba ni me lavaba la cara, ni siquiera las manos. Me sentía un poco mal, pero aproveché el momento para consultarle a mi vecina cómo hacía ella cuando necesitaba orinar, a lo que respondió que usaba el baño cuando lo limpiaban, y con asombro le pregunté:

—¿Y eso lo limpian? Riéndose me respondió:

—Sí, todas las mañanas pasan y lo dejan bien limpio. Agregó a su respuesta que ella está pendiente, y cuando terminan de hacer el aseo va a los sanitarios y hasta se baña, porque desde que ingresó su esposo no ha vuelto para su casa, no solo porque vive lejos, sino también porque tienen dos hijas, una que aún está pequeña y la otra que es mayor y cuida de su hermana y de su abuela, que está en cama debido a una fractura. Además, cuenta con un cuñado que es a quien llama cuando necesita que le traigan algo, y que ella misma es enfermera y por eso se quedó allí en el hospital, porque conoce a casi todo el personal, y que sus colegas le han ayudado mucho consiguiéndole gran parte del tratamiento.

—¿Y usted tiene quién la reemplace?, me preguntó.

—No, no tengo reemplazo. Nuestra hija mayor está fuera del país, y mi hijo trabaja y es quien se está encargando de hacer las compras y traerme todo lo que necesite. Tenemos un menor, pero no quiero que se acerque, ya con dos pacientes con Covid es suficiente.

—¿Y usted tiene Covid? me preguntó con cara de asombro.

—Sí, yo también tengo el virus, solo que debo ser fuerte para cuidar a mi esposo. Gracias a Dios al menos por ahora no siento nada de lo que deba preocuparme, además tengo mi tratamiento y me lo estoy tomando al pie de las indicaciones. Podría jurarle que todos los que estamos aquí somos portadores del virus, pues sería casi imposible que algún acompañante no estuviera contagiado. Acá todo lo que se respira viene acompañado de coronavirus.

Salió el sol, y me alegra tener la dicha de que sus rayos entren por una pequeña ventana que está justo encima de la cama de JJ. Miro el reloj y faltan quince minutos para las siete de la mañana, aún es temprano para llamar a Luis Alejandro, pues imagino que el pobre tampoco ha dormido; voy a esperar que sea él quien me llame.

El amanecer estuvo tranquilo. JJ duerme y yo estoy que me orino, no quiero ni levantarme, me cuesta; el banco es muy bajito y tengo los pies demasiado hinchados, me duelen mucho, siento que los dedos

van a estallar y los tenis junto con ellos. Las chicas del personal de limpieza se acercaron para informarle a la vecina que acababan de limpiar los baños; ella de inmediato le da las gracias y les dice que ya va para allá, y entonces voltea a verme para indicarme:

—Si quieres ir al baño esta es tu oportunidad, si te vienes conmigo hasta podrías darte un bañito.

Le respondí que solo me bastaba con orinar y tomé mi bolso y me dispuse a seguirla. Ella va preparada como si fuera a un *spa*: con su toalla, su bata y todos sus productos de belleza, hasta lleva consigo un labial.

Mientras camino deprisa tras ella, pienso en la modesta comodidad de mi casa, donde cuento con baño y *vestier* en mi habitación, y no necesito esperar turno para usarlo a mi antojo, a la hora y momento que quiera. Imaginé entonces el karma de quienes están en una cárcel, o inclusive en cualquier reclusorio de tipo religioso o académico, donde la fisiología debe esperar la ocasión adecuada para drenar sus necesidades. Pero bueno, me digo a mí misma que esta es una vuelta de tantas que da el mundo, y me toca asumir con entereza y valentía esta vicisitud que ahora me agobia, siempre con el aliciente — claro está — de que lo que hago es por una causa de amor. La salud de JJ es actualmente mi prioridad, y estoy dispuesta a pasar por todo lo que tenga que pasar para volver con él a la armoniosa paz de nuestro hogar. Lo demás, es

materia del destino, del cual hasta este día no tengo queja alguna que enrostrarle, pues pienso que ha sido magnánimo y dadivoso con nosotros.

Igual que las otras pocas veces que me ha tocado recorrer estos pasillos, trato de no mirar a los lados. Mi vecina, en cambio, dado que ya tiene días repitiendo esta rutina y conoce al personal del hospital, camina muy relajada y conversando con todo el que consigue. Saluda a algunos acompañantes y les pregunta cómo siguen sus enfermos. Noto, enseguida que cruzamos para llegar a los baños, que ya no están los cadáveres arrumados, sin embargo paso con mucha cautela evitando observar camino a nuestro objetivo, cualquier cosa que pueda contribuir a deprimirme.

Fue impresionante encontrarme con la pulcritud de los baños. Estaban solos, olían a cloro y a *Pinoñ* (marca comercial de desinfectante), perfectamente secos y limpios, con todo en su lugar. ¡Al fin podría orinar! Al principio me costó, me dolía mucho el vientre; tuve que quedarme sentada un buen rato en la poceta y desocupar mi mente para así poder relajarme. Cuando terminé, me dirigí al lavamanos y al abrir el grifo me encontré con la agradable sorpresa que salía agua, de manera que pude cepillarme los dientes y lavarme la cara.

Al terminar le dije a mi vecina (que todavía permanecía en la ducha), que yo estaba lista y me iba de una vez, que estaba muy agradecida por su amable ayuda

y solidaridad para conmigo. Cuando salí me encontré con una fila de personas que esperaban su turno para entrar, lo que me dejó saber que es una gran ventaja tener como compañera de cuarto, a alguien que trabaja en el hospital.

Al estar de vuelta en el cubículo me causó mucha alegría encontrar a JJ sentado en la camilla conversando con el vecino. Le pregunté mientras lo abrazaba cómo se sentía, y me respondió que bien, lo que provocó que el vecino dijera con jocosidad: ¡Amaneció como un catirito! Sonreí y le pregunté si deseaba cepillarse y me respondió que sí, pero antes quería orinar. Siendo ya de día, había mucha gente y pensé que me tocaría improvisar una cortina para taparlo, de manera de evitar que lo vieran orinando, pero la habilidad hilarante del vecino me frenó en mi intención:

—¡Ay miya! Aquí nadie se tapa, todos orinamos tranquilamente, pues nadie va a estar mirando cuando se tienen tantas preocupaciones. Además, estamos aquí porque nos encontramos enfermos, y ¿quién va a querer mirar a un coño feo, viejo y enfermo como nosotros?

Eso me causó mucha risa y miré a mi esposo para decirle:

—¡Viste! ¡Eso sí es humor!

Repicó mi teléfono al tiempo que llegaba la vecina, y al verla aseadita su esposo le lanzó un piropo estrambótico, pero a la vez amoroso y sensual, al que ella

respondió risueña con una sola palabra: ¡Payaso!...

Me separé unos pasos del ameno coloquio para atender la llamada de mi hijo.

—Aló, buenos días, hijo...

—¡Aló viejita! ¿Cómo amanecen? ¿Cómo sigue papi?

—Todo bien hijito... ¿y tú como pasaste la noche?

—Verga viejita no he dormido nada, pero tranquila, aquí todo está bien, no te preocupes por nosotros. A mi hermana Ángeles la percibo muy nerviosa, pero es porque está lejos. ¿Qué les llevo para desayunar?

—Tráenos un sándwich con solo queso, y un jugo de durazno sin hielo para tu padre. A mí tráeme agua, una almohada, una sábana y ropa para cambiar a JJ, y no te preocupes por tu hermana, enseguida la llamo y hablaré con ella. Cuídense, nos vemos más tarde. ¡Dios los bendiga!

Mi esposo permanecía sentado en la camilla. Le pregunté si quería acostarse y me dijo que aún no, que primero quería hablar con Ángeles. Miré el reloj y marqué el número de nuestra hija, y no había repicado bien el teléfono cuando ya estaba respondiendo:

—¡Mami! ¿Cómo sigues, cómo te sientes?

—Tranquila hijita, todo está bien. Tu papá quiere hablarte, ya te lo paso...

Siempre he sostenido la tesis de que el cordón umbilical se quedó enredado entre ellos, luego de que lo cortaran de la placenta. Padre e hija han sido como almas gemelas desde que uno recibió en sus brazos

a la otra, minutos después de mi parto. Sin que haya existido jamás tan siquiera un ápice de exagerada preferencia por ella de parte de JJ, los dos se han constituido en una especie de simbiosis existencial que ha trascendido edades y diferencias de género. Se adoran mutuamente, y de no ser porque ella se encuentra lejos, estoy segura que aquí estuviera con su padre padeciendo los rigores de la enfermedad, y las incomodidades colaterales que trae consigo este detestable virus. Así es que los dejé que hablaran, y como ya es costumbre, mi esposo a ratos ríe y luego llora, a ratos la malcría y luego la pelea, así es siempre que hablan. Luego de un rato conversando se despidieron y llegó mi turno de escucharla y ante la metralla de preguntas, solo le respondí:

—Hijita, por ahora tu papá está tranquilo, que es lo más importante. Sé que aquí no estamos en el mejor lugar, pero vamos a esperar, confiemos en que todo va a estar bien; tú sabes cómo es él, y todo va a depender de su voluntad, estaremos en contacto el mayor número de veces posible. En cualquier caso comunícate de preferencia con tu hermano, que es quien se está encargando de las vueltas; por mí ni te preocupes, ya sabes que sé cuidarme sola... ¡Dios te bendiga! ¡Te amo!

A las 9:07 de la mañana llegó el hijo con el desayuno y las cosas que le encargué. JJ cuando lo vio, enseñuida lo abrazó y se puso a llorar; a Luis Alejandro eso le causó mucho dolor, él sabe que su padre es

dramático pero es la primera vez que lo ve en estas condiciones. Se hizo el fuerte para no llorar, dejó las cosas que había traído, me abrazó con fuerza y salió huyendo de allí.

A las 10:15 de la mañana llegaron a colocarle el tratamiento. Esta vez son dos enfermeras, una se quedó con JJ y la otra fue con el vecino, e igual, hacen las preguntas de rutina. A mi esposo le preguntan cómo se siente y le informan cuáles son los medicamentos que le van a colocar, y creo que con el compañero paciente hicieron lo mismo. Con actitud cordial me preguntan cuándo llegamos, y me dicen antes de retirarse con agradable sonrisa y expresión, que son las enfermeras de guardia hasta mañana, y que están a nuestra orden.

Minutos después me llamó el jefe de JJ para contarme, entre otras cosas, que todos en la oficina permanecen muy preocupados por su compañero, que están en constante oración, y ante la pregunta de si JJ necesita algo, le respondí que aún no, pero que de llegar a necesitarlo, enseguida le llamaría.

Mientras pasa el tiempo en su a veces despiadada inquietud y nos va acercando cada vez más a la próxima hora, yo estoy aquí, quieta, sentada en este puto banco. Mi cabeza, quizás saturada de tantas cosas nuevas y distintas a la vez, comienza a dolerme como si protestara por la impiedad a la que ha sido sometida

las últimas horas. La cintura la segunda, como si ambas se hubiesen puesto de acuerdo para manifestar su inconformidad por el trato poco sutil que les estoy dando. Pero en honor a la verdad, debo confesar que desde mucho antes de llegarse este momento, tanto una como la otra había querido avisarme que me preparara con los respectivos calmantes, pero lo precipitado de toda esta situación me ha dado el coraje necesario para ignorar a ambas hasta ahora. Llegado el momento de “no aguanto más”, busqué mis calmantes y de inmediato los ingerí con abundante agua.

No obstante, fui observando uno a uno los cubículos que podía cubrir con escrutadora mirada desde mi ángulo visual, y pude darme cuenta que había personas con ventilador y silla, lo que me indujo a dirigirme de inmediato al estar de enfermería, para preguntarle a la joven que se mostró muy amable y se nos puso a la orden, cuáles eran los requisitos para pasar una silla y un ventilador. Me informó que debo solicitar una autorización del médico jefe de área, y que cuando esté por aquí me avisará para que hable con él. Intenté agradecerle con la misma amabilidad que ella me trató, y creo haberlo logrado cuando le dije con una sincera sonrisa: ¡Gracias!

De regreso a mi correspondiente lugar, del cubículo de al lado salió una señora caminando a toda prisa y llamando mi atención, para de inmediato sin mediar palabra alguna abrazarme, darme un amistoso beso

en el cachete y pedirme que la disculpara, pero debió salir temprano y no había tenido oportunidad de agradecerme lo que hice por su mamá, y que la señora quería conocerme.

Me sentí mal, pues no quiero que me traten como un ser especial, sin embargo me acerqué a la señora, la tomé de ambas manos y le di la bendición. Ella solo me miró. ¡Dios!... ¡Qué mirada! Nunca se borrará de mi mente aquel idílico instante en que sus pupilas parecieron obsequiarme en esa mirada, todo el esplendor de su brillo. Miré luego a los agradecidos ojos de la hija para decirle que todo estaba bien, que si podía ayudarla en algo más, no dudara en avisarme.

Son las 2:00 de la tarde, hora del tratamiento. Llegó la enfermera, y con ella las preguntas de rigor: ¿Cómo ha pasado el señor JJ el día? ¿Orinó? ¿Evacuó? ¿Fiebre, vómito, tensión alta? Esta vez le midió ella la saturación, y ese detalle me extrañó por cuanto era la primera vez que lo hacían desde que llegamos. Así se lo comenté, y ella sin mirarme, con su vista fijada en la preparación de los medicamentos, me respondió: —Ve mijá, lo que pasa es que en el área no tenemos oxímetro, yo tengo el mío y los médicos tienen el suyo y son tantos los pacientes, que a veces los tenemos ocupados con emergencias. Le sonreí para expresarle con delicadeza: —Está bien, quiero que sepas que tengo uno y a cada momento le mido la saturación a mi esposo. —¿Ya compraron el nuevo medicamento que tiene

indicado?

—No sé nada de eso, nadie me ha dicho nada sobre otros medicamentos.

—¿El doctor no ha pasado a ver a tu esposo?

—No.

—Espérame entonces, ya te informo.

Al rato llegó con un récipe que puso en mis manos.

—Busquen lo más pronto posible estos medicamentos, pero te advierto que son muy costosos. Al menos consigue uno para colocárselo hoy a las 6:00 y los otros búsqenlos con calma.

Dirigiéndose ahora a JJ le dijo con amabilidad:

—JJ, le voy a pasar el tratamiento, por favor relájese y sonría para la foto. Al terminar se quedó unos minutos más conversando conmigo, me vio los pies muy hinchados y unas ojeras que casi abarcaban toda la cara.

—¿Te sientes bien?, me preguntó. Le respondí en voz baja para que JJ no escuchara, que no, que me dolían mucho la cabeza y la columna.

—¿Comiste algo?

—Sí, sí comí. Entonces aproveché y le conté que yo también estoy contagiada de Covid, y que además tengo problemas con una neuritis crónica y todo esto ha hecho que entre en crisis.

—¿Tomaste algo?

—Sí, ya tomé mi tratamiento.

—¿Tienes quién te reemplace?

—No, estoy sola en esto.

—Tú necesitas descanso, se te ve muy mal, y si colapsas entonces ¿quién va a cuidar de él?

—¿Conoces a una enfermera que pueda quedarse con mi esposo unas horas, mientras voy a mi casa a darme un baño, cambiarme de ropa y descansar un poco? Eso sería en horas del día, porque no me atrevo a dejarlo en las noches. Si sabes de alguien te agradeceré mucho que me lo hagas saber.

—Voy a tratar de ubicar a alguien que esté disponible, no te preocupes.

Al poco rato de marcharse, ella misma apareció cargando una silla.

—Esta es mi silla, te la voy a prestar por hoy, porque aún no he visto a la supervisora para que sea ella quien te firme la autorización. ¡Sigo pendiente!

Cuando se marchó nuevamente, llamé al jefe de JJ y le hablé sobre los nuevos medicamentos que estaban requiriendo, y me pidió que le pasara una foto del récipe, asegurándome que no me preocupara, que él se encargaría de eso.

Debo hacer un aparte para comentar que aun cuando es la primera vez que atiendo a su deseo de que les llame ante cualquier cosa que necesite, los compañeros de JJ se han portado a la altura, no solo llamando para preguntar cómo sigue, sino orando por él y estando pendientes de que no le falte nada (inclusive, nos han

enviado insumos y demás misceláneos). Estoy muy agradecida, han sido de mucha ayuda, sin ellos hubiera sido difícil afrontar los gastos que hemos tenido; nunca imaginé que todo fuera tan costoso.

Llegó la noche. En lo que cabe, mi esposo ha pasado el día tranquilo y creo que si no fuera porque necesita el oxígeno, estuviéramos en casa. Aparte de esta máxima preocupación, debo decir que me siento muy mal. El hijo llegó a traernos la cena y algunas cosas que necesitamos, pero esta vez no pasó al cubículo, e imagino que quiso evitar ver a su padre con esa horripilante máscara. Ha sido un largo día de llamadas, mensajes de apoyo, oraciones. La hermana de JJ que vive en Colombia está muy preocupada, pues una hermana de ellos también tiene Covid y está muy mal; por fortuna un hermano está cuidando de ella, así que toda la familia está angustiada por la salud de los dos.

Llamo entonces a la hija para ponerla al día con todo lo acontecido, y durante los pocos minutos que conversamos se hace la fuerte, pues es de esas personas que no les gusta mostrarse débil.

Aún no apagan las luces, los médicos y enfermeras comentan en el estar que el día de hoy ha sido tranquilo, que afortunadamente apenas han recibido dos ingresos, y hasta ahora todos permanecen estables. ¡Estable!... esa bendita palabra en el argot de salud siempre me ha parecido tan falsa, fría, vacía... y sin

embargo es tan frecuentemente usada cuando no hay nada bueno que decir. “*No se preocupen, el paciente está estable*”; puedes jurar que nada bueno está pasando...

La cabeza me va a estallar, siento hormigueo en la cara y en gran parte del cuerpo, esto no está nada bien. JJ tiene ganas de orinar nuevamente, los vecinos está cada uno distraído con su teléfono. JJ no ha querido hablar con nadie, y me parece comprensible, con esa máscara que le cubre casi todo el rostro no puede ser fácil, y no debe quitársela para nada (por indicación facultativa); solo se la ha quitado para hablar con la hija. Hoy por la tarde estuvo muy tranquilo, le pregunté varias veces cómo se sentía y me respondió que bien, y al consultarle si quería algo, me hacía señas con la mano que no...

Acomodo su almohada, reviso las vías, el tratamiento, las conexiones y mangueras del oxígeno. Intento caminar pero las piernas no me responden, mi visión se torna borrosa más de lo acostumbrado, por lo que tomo asiento y trato de aplicarme *Reiki*. Froto mis manos y las coloco en mi cabeza, luego en los ojos, tomo aire, exhalo muy lentamente, pero no logro controlarme, esto no me gusta, sé que no estoy bien.

Llegó la enfermera, ya es hora de cumplir el tratamiento y no me di cuenta, no coordino. Quise levantarme y no pude, de inmediato ella notó que algo está mal y me pregunta qué me pasa. Le respondo que no

se preocupe, que solo estoy un poco cansada, que por favor me alcance la botella de suero, y cuando me la pasó no logré sostenerla. Le repito que solo necesito descansar un poco, (por suerte la botella cayó en mis piernas), ella misma buscó los medicamentos de mi esposo y los aplicó. JJ despertó sin que esta vez ella lo llamara, se volteó y notó que algo no estaba bien conmigo. Trató de levantarse y no pudo, la enfermera le exige que no se mueva, él hace un esfuerzo y pregunta qué me está pasando y le respondo que nada, que es solo que la neuritis me está traicionando.

Sabiendo que cuando entro en crisis debo estar en total reposo, como puede me pide que me vaya a descansar. Le digo que no voy a dejarlo solo, que en cuanto apaguen la luz descansaré. Insiste, y la enfermera lo apoya hasta el punto de prometerme que ella personalmente va a cuidar a JJ, que llame a mi hijo para que venga a buscarme. Ante tan avasallante “mayoría” en posesión de la razón, accedo a hacer lo que me piden y me dispongo a hablarle a Luis Alejandro, con la sorpresiva novedad de que no alcanzo a ver el número de contacto en el teléfono, por lo que se lo paso a la enfermera para que marque. Mi hijo respondió asustado por la hora, pero lo calmo y le digo que pase por mí. La enfermera le habla a JJ, le explica que ella va a estar vigilándolo, que yo debo irme, y mi esposo se muestra en total acuerdo. ¡Dios! ¡Cuánto dolor siento al separarme de él!

Al cabo de muy pocos minutos llegó mi hijo, e inmediatamente la enfermera se acercó y le dijo:

—Llévate a tu mamá, ella necesita descansar. Yo me voy a quedar con el señor, por él no se preocupen, no lo descuidaré. Solo les voy a pedir que regresen antes de las seis de la mañana, ya que a esa hora debo cumplir tratamiento.

Me despedí entonces, contra mi voluntad, de JJ. Ya en la casa, mi hijo menor y mi nieto trataron de acercarse. Les pedí que regresaran a su cuarto, pues primero debo darme un buen baño, estoy contaminada. Ellos no quieren entender, (o se resisten a hacerlo) y se quedan en mi habitación esperando que les cuente con detalles todo lo que ha pasado. Les pedí que me prepararan un té caliente, me buscaran mis calmantes y trajeran la fomentera (así le decimos en Venezuela a una bolsa de goma que se llena con agua caliente o fría, y se coloca sobre alguna parte del cuerpo para lograr alivio). Demoré duchándome, y cuando salí del baño ya tenía sobre la mesa de noche todo lo que había pedido. Hablamos un rato los cuatro, pero ya era más de las once de la noche, y les pedí que salieran para tratar de dormir. No querían dejarme sola, y tuve que insistir.

Llamé entonces a mi hermana, pues ella aún no sabe lo que está pasando. Mi hermana menor y yo estamos muy unidas porque vivimos cerca y eso nos permite estar casi siempre juntas. Me reprocha con dureza el

no haberla llamado, pero acepta mis disculpas, lo que permitió que me desahogara con ella. Parece tonto, pero por muy fuerte que uno se crea, siempre el monstruo del dolor llega, y si no te defiendes adecuadamente, te devora consciente o inconscientemente. Hablar y llorar con mi hermana fue la mejor medicina para minimizar mi tragedia. Estaba muy cansada, y antes de acostarme definitivamente a dormir, tomé otra taza de té.

Sábado, 11 de diciembre de 2021

Eran las cinco de la mañana cuando desperté con sobresalto, pues no pensaba dormir tanto. Estaba terminando de recoger algunas cosas para llevar al hospital, cuando mi hijo entró a la habitación para decirme:

— Mami, está llamando la enfermera que quedó cuidando de papi.

En ese instante quedé paralizada, ya bien conocen el dicho popular “Quien te llama no te engaña”, y llamadas de madrugada siempre generan esa cosa llamada terror por miedo a que sea una mala noticia, sobre todo si la llamada es de la enfermera que está cuidando a tu enfermo. Enseguida tomé la llamada y ella previendo mi reacción me dijo antes que nada: —No te asustes mamita, te llamo para informarte que tu esposo pasó bien la noche y como ya es casi la hora de cumplir tratamiento, voy a dejarlo un rato.

—¡Ay amiga, en verdad me asusté! No tengo cómo agradecerte lo que has hecho por nosotros; en estos momentos estoy terminando de recoger las cosas que voy a llevar y enseguida salgo para allá. En unos diez minutos llego, ¡mil gracias, mi ángel!

Hoy es nuestro tercer día en el hospital. Cuando llegué, JJ dormía y le hablé para que supiera que estaba allí. Como aún era temprano, el guardia de seguridad no estaba en la puerta y logramos pasar la silla y el ventilador. JJ se alegró al sentirme (debió ser duro para él que yo no estuviera a su lado cuidándole), lo tomé de la mano, y me miró con los ojos entreabiertos, pues la máscara de oxígeno no le permite abrirlos bien. Se me destroza el corazón verlo tan débil, controlado por esta puta camilla, con esa puta careta asfixiante en su rostro siempre vivo, bajo el dominio de ese maldito virus. Está pálido, por lo que procedí rápidamente a tomarle la tensión, y aun cuando resultó normotenso, mi corazón estaba acelerado. Comencé a colocar en su lugar todo lo que traje, inclusive las bermudas nuevas que le había enviado la hija.

Y a propósito de bermudas... hay algo que me parece demasiado extraño, algo que ahora llama poderosamente mi atención. Siempre que Ángeles le envía regalos, él se emociona hasta el extremo de parecer un niño con juguete nuevo; generalmente le envía todo lo que él le pide y yo lo regaño llamándolo abusador, pero eso no le importa y mucho menos a mi hija. Ella

disfruta un mundo verlo feliz abriendo regalos, probándose la ropa, los zapatos, guardando las botellas de licor que a él tanto le gustan, y toda cuanta cosa se le antoje enviarle, y cerca de las navidades como estamos, esta vez solo envió cosas para él. Es tanto su regocijo por ver a su padre contento, que en su oportunidad me dijo:

—Mami, cuando llegue lo que envié graba a papi abriendo las cajas para poder ver la cara de felicidad que pone.

Pero esta vez eso no pudo ser, porque cuando las cajas llegaron ni siquiera se molestó en abrirlas. Pensando hoy día, todo me parece muy extraño; esa y otras conductas inusuales en JJ venían sucediendo las últimas semanas, pero no es hasta ahora cuando se me da por analizarlo concienzudamente. ¿Presagio? ¿Sentía en su corazón que algo sucedería? Tal vez es así, pero preferiría estar equivocada.

La enfermera hizo muy bien su trabajo, pero adicionalmente, cuando terminó de cumplir los tratamientos a los pacientes, pasó a vernos para asegurarse de que todo estuviera bien, y antes de concluir su guardia quiso ayudarme con el aseo de mi esposo. Al hacerlo, se marchó dejándolo acomodado y limpio.

Pocos segundos después me pidió que le ayudara a sentarse en la cama. Le mostré la silla y el ventilador, mientras le preguntaba qué le provocaba desayunar.

—¡Nada!

—¿Cómo que nada? Debes alimentarte, estás recibiendo medicamentos muy fuertes.

Luis Alejandro va a pasar a dejarnos el desayuno antes de ir al trabajo, y necesito decirle qué te va a traer. ¿Quieres *sándwich*, empanadas horneadas, cachitos, jugo, avena? ¿Qué te provoca?

—Nada...

Su negativa me causó disgusto y entonces le hablé con carácter.

—¡Deja de hacerte el malcriado! Entonces comerás lo que te traigan, y punto...

El otro paciente, que inevitablemente escuchó todo, le dijo riéndose:

—¡Caramba vecino! Ojalá mi mujer me preguntara qué me provoca comer. ¡A mí me traen una arepa con queso y de broma! De todas maneras, usted pida... que si después no se lo come, acuérdesse que aquí estoy yo. Esto lo dijo riéndose a carcajadas, con oxígeno y todo.

—¿No te da pena? ¡Abusador!, le dijo su mujer con tono y gesto de amable reproche.

A las 7:30 de la mañana, llega el señor de seguridad y nos dice que debemos salir porque van a pasar visita los médicos. Esto me extrañó sobremanera y le pregunté a la vecina el porqué de esa orden, si ayer pasaron visita con nosotros allí. Ella me comenta que van a

estar los médicos jefes de área, que por cierto, son los que deciden si ya un paciente está de alta o lo pueden subir a piso. Agrega que está casi segura de que a su esposo lo suban hoy, pues ya él está fuera de peligro.

Acuesto a JJ y le digo que debo dejarlo solo por un momento, porque van a pasar visita y nos mandan a esperar fuera del área de emergencias. No disimula su contrariedad y me pide que me quede, sin embargo le digo que no debe preocuparse, que solo es un momento, y que además va a estar rodeado de médicos y enfermeros.

Cuando llega Luis Alejandro con el desayuno, yo aún estaba afuera. Se muestra extrañado, hasta que le cuento que nos pidieron que esperáramos porque iban a pasar visita los supervisores de área. Le confío igualmente que a JJ no lo percibo bien, pues está como deprimido, aunque si lo pienso mejor, la descripción es malcriado, pero a la vez un poco más débil que ayer.

—Tranquila mami, todo va a estar bien. Cualquier cosa me llamas enseguida; Cecilia va a pasar más tarde, si necesitas algo ella va a estar pendiente.

Sonó luego el teléfono. Es Ángeles, a la que también le cuento que no veo bien a su padre, que estoy afuera porque los médicos están pasando visita. Ella no sabe que me sentí mal anoche; le rogué a sus hermanos que no le dijeran nada, ya es suficiente con la preocupación que tiene por su papá. Hablamos un

rato, pues dentro de poco debe ir a trabajar; se está haciendo la fuerte, lo sé, la conozco, es demasiado orgullosa como para dejarse percibir preocupada, y le pido que en cuanto pueda llame a JJ para que le hable. Ella sabe cómo hacerlo entrar en razón, es la única persona a la que él no se atreve a llevarle la contraria.

Durante todo el tiempo que permanecí afuera estuve atendiendo llamadas. Hablé con mi cuñada, la pobrecita está sufriendo por partida doble: sus dos hermanos delicados de salud, y ella lejos sintiéndose impotente. Josefina (su hermana también) está muy mal; el médico que la atiende no aconseja trasladarla, afirma que sería muy riesgoso y el único aliciente es que mi cuñado está a su cuidado, lo sé porque los dos nos mantenemos en contacto permanente. También llamaron los compañeros de JJ, y finalmente llamó mi hermana para decirme que no me preocupara, que ya estaba en mi casa.

El señor de seguridad salió para informarnos que ya podíamos entrar. Busqué a la vecina para avisarle, pero no logré verla. Cuando llegué al cubículo, encontré a JJ despierto e intranquilo, le pregunté qué pasaba y me dijo que quería orinar, por lo que le pedí que se levantara. Pero se niega, dice que le ponga el pato, cosa que hago, y enseguida salgo a botar la orina. Cuando regreso le sirvo el desayuno, pero me dice que no va a comer; le pido que se siente, y me da la espalda. Le exijo que al menos se tome el jugo, y casi

que lo obligo a ello, logrando apenas que tome un poco entre disgusto y mala cara. Aprovechando que está sentado, le doy los medicamentos que debe tomar incluyendo los de la tensión, y le tomo la presión arterial. De seguidas, le mido la saturación y la lectura arroja que la tiene más baja que ayer. Hoy le marcó 90, y esto no me gusta para nada; le tomo luego la temperatura y encuentro que afortunadamente está bien, le acomodo entonces la almohada y le sugiero que se acueste boca abajo, pero se niega, y es solo cuando lo coloco de lado, que logro que se quede tranquilo, pero a la vez incómodamente rebelde.

Me dirijo después al estar médico y le informo al doctor de guardia lo que está sucediendo con la saturación. Revisa la historia y luego va a verlo, lo examina, le habla, le pregunta cómo se siente, y mi esposo le responde que no se siente bien. El doctor llama entonces a la enfermera y le ordena administrar un medicamento. También se hace presente el oxigenista, revisa el flujo de oxígeno, la conexión, y por último cambia la máscara. La enfermera amiga, que por suerte aún no se ha ido, me deja su número de teléfono por si la necesito, y me dice que habló con el enfermero que queda de guardia para que esté pendiente y nos dé una vuelta de vez en cuando. Le agradezco su amable atención, y nos despedimos.

El día de hoy apuntaba a ser fuerte, pues desde muy temprano comenzaron a llegar pacientes contagiados

con Covid. Los médicos, enfermeros, oxigenistas y personal de seguridad se preparaban para la dura faena del día. Es verdaderamente notable, que este personal trabaja en guardias de veinticuatro horas sin ninguna protección, y ni siquiera cuentan para su uso personal con alcohol, gel antibacterial, buenas mascarillas, guantes, gorros, batas. En el estar médico no hay a la vista nada de eso, ni para ellos, y mucho menos para los pacientes.

¡Dios! ¡Qué valientes son! No encuentro palabras para describir a estos soldados de la salud, que se enfrentan a los estragos causados por el SARS—CoV—2 con el único armamento que poseen: vocación, espíritu de servicio, mística, pasión y amor al prójimo. Un experimentado doctor es el encargado de comandar hoy este batallón, donde todos son muy jóvenes y obviamente conscientes del peligro que corren. Pero eso no parece importarles en lo absoluto, me imagino que nacieron para esto y están seguros de cuál es su misión en la vida. No encuentro otra explicación razonable a tan desinteresada disposición para el bien, y viene a mi memoria ese pasaje bíblico cuando Jesús le habla al Padre y le pide: *“Padre, si no puedes quitarme este cáliz, que se haga tu voluntad y no la mía”*.

Pero así como llegan nuevos contagiados, también llega doña parca haciendo su trabajo tan eficientemente, que en ocasiones me he preguntado a quién le rinde cuentas de lo que hace aquí en la Tierra. Al

parecer se siente a gusto ya que es muy buena haciendo el trabajo sucio. Si todos entiendiéramos que ella solo cumple con su deber, nadie le temería tanto; no sé por qué solo nos educan para vivir, cuando lo más seguro que tenemos después de nacer, es que en algún momento debemos partir.

Esto lo entendí a plenitud después de enfrentarme a ella en más de una ocasión, y sin temor ni rencores finalmente logré aceptarla. Es más, creo que llegué a respetarla y hasta quererla; lo único que cuestiono es que si junto a ella debemos regresar al plano eterno de las almas... ¿por qué morir duele tanto? ¿Por qué el morir está rodeado muchas veces de sufrimiento y agonía? En varias ocasiones se lo he preguntado, y la respuesta que siempre creo haber escuchado ha sido la misma durante años: *“Yo no hago daño, todo está dicho y escrito en el contrato de vida que cada alma firma ante el Padre, justo en el momento que decide venir a este plano”*.

JJ sigue sin querer comer, y en lugar de agua se está tomando el suero en pequeños sorbos. Cecilia llega y le habla fuerte, lo regaña, y logra sacarle una sonrisa a medias. Le toma todos los signos, le pide que voltee y se quede boca abajo, pero él dice que no; ella insiste y le explica que si no lo hace le va costar más respirar, pero aun así mantiene su negativa, está muy rebelde. Le pide a Cecilia que llame a Luis Alejandro, y ella lo chantajea diciéndole que lo llama si él accede a tomarse la crema de vegetales que su mamá (con mucho cariño) le preparó.

Sin querer, ella propició un episodio que aún hoy golpea mi memoria, y es que me partió el corazón escucharlo decir que sí con voz débil, quebrada, mientras sus aguados ojos asomaban las primeras lágrimas en esta trágica reclusión que nos está tocando vivir. Cecilia llamó al hijo y activó el altavoz. Luis Alejandro le pidió la bendición, y él con su debilitada voz le respondió: *Dios te bendiga, ven a buscarme, quiero irme de aquí...*

Se produjo entonces un casi sepulcral silencio tanto aquí como al otro lado del auricular, y hube de voltearme para que mi provocado llanto no me delatara en la angustia y el irresistible temor. El hijo se hizo el fuerte, y le mintió diciéndole que en cuanto terminara el trabajo, iría a buscarlo.

Son las 2:00 de la aún joven tarde, y llegan a pasar el tratamiento. Por fortuna, el enfermero que está de guardia también es muy atento. Le pregunta cómo lo tratan en el hotel y agrega en son de chiste:

—Señor Jaime, hoy no hay servicio de piscina porque está en mantenimiento, pero sí puede disfrutar durante todo el día del gimnasio y del *spa*. Yo voy a ser su entrenador personal, por lo tanto estaré a su disposición las veinticuatro horas.

¡Qué lindo! Con su chanza logró arrancarle una sonrisa a mi marido, y eso se lo agradecí hasta el infinito. Antes de retirarse me entregó un récipe con la indicación de *Remdesivir*, dos ampollas para hoy y una diaria por cinco

días. Llamé a mi hijo para informarle, y me dijo que iría de una vez a preguntar el precio en la farmacia.

Al poco rato me trajo las dos de hoy y se las colocaron enseguida; me dijo que luego de casi un peregrinaje por varias farmacias terminó comprando cada ampolla en 38 dólares, un precio bastante alto para nosotros y para cualquiera. Quisiera pensar que la mayoría se va de este mundo porque le toca y no por falta de medicamentos, pues se debe sentir una monumental impotencia al no poder comprar un fármaco prescrito. Aquí en este hospital lo único que sobra son los enfermos; no hay insumos, llegas a Emergencia y el médico después de hacer el ingreso te entrega un récipe con tantos nombres de medicinas, que muchos no saben qué hacer, porque quedan entre la espada y la pared.

Dejar todo en manos de Dios pareciera ser la mejor opción, (si no la única), ya que el hospital solo te suministra el oxígeno, una que otra solución si la tienen y nada más. Es inconcebible que un centro hospitalario que sirve de principal receptor estatal de pacientes con COVID—19, permanezca en estas condiciones inhumanas, por culpa de un maldito gobierno de puta que no es capaz siquiera de mantener lo básico con qué afrontar la crisis, al extremo de que ni siquiera suficientes camillas hay.

Hoy los enfermeros han llegado con menos frecuencia al cubículo, y eso me permite deducir que se debe

al exceso de trabajo, pues he visto a los médicos pasar ellos mismos algunos tratamientos de emergencia a los pacientes. Con mucha pena llamo nuevamente al jefe de JJ y le cuento que no está bien, que le están indicando *Remdesivir*, y él se preocupa; me pregunta que cuántas ampollas necesita, y le digo que piden siete, que le agradecería si puede ayudarme con eso. Solo me pide que le pase copia del récipe, y que esté tranquila...

De este otro lado, la vecina está preocupada porque dieron orden de subir a su esposo a piso, y cuando ella fue a ver dónde lo van a ubicar, confirmó que la habitación asignada no tiene dispensador de oxígeno. En esas condiciones se niega al traslado; pues su esposo aún está conectado y no quiere correr riesgo desmejorando las condiciones de estadía, por lo que le dice al médico que si no le aseguran una habitación equipada con tomas de oxígeno empotradas en la pared, de allí no los mueve nadie.

A su tiempo, la hija de la señora del cubículo contiguo llega y me pide por favor que le preste el oxímetro, porque su mamá se siente mal. Se lo presto sin dudarlo; la sala está a reventar, hay pacientes por todos lados y la mayoría está llegando en muy malas condiciones. Entre los pasillos escucho ese ensordecedor ruido de campanas, me coloco los audífonos y pongo música para tratar de ahuyentar un poco el sonido a muerte.

Repica el teléfono. Es la hija, me pregunta cómo sigue su papá; no le puedo mentir, ella lo sabe, sigue igual hijita. Cecilia vino y le hizo tomar unas cucharadas de crema de vegetales y logró que se quedara boca abajo, de vez en cuando se mueve, pero no dice nada, no me mira, pareciera que está disgustado conmigo. Ma... Luis Alejandro me contó lo qué pasó.

—¿Puedo hablar con él?, me pregunta.

—Me acerco y le digo que la hija quiere hablarle. Levanta la cabeza y me hace señas que le coloque el teléfono al oído, y con su voz débil le da la bendición. A pesar de haber permanecido a su lado, no logro escuchar lo que la hija le dice; él se limita solo a oír, llora, estoy segura que la hija lo está regañando (ella está acostumbrada a pelearse con él). Cuando termina de escucharla se retira el teléfono, se voltea, no me mira; tomo el teléfono y me retiro de la camilla para hablarle a Ángeles, pero se registra un pesado silencio... yo también me quedo callada y espero que ella me hable, lo que hace después de algunos segundos: ¡Lo regañé!, me dijo. Te llamo luego, mami. En ese momento regresó la señora de al lado para devolver el oxímetro, y me lo guardé en el bolsillo.

Llega un paciente y muere mientras lo atienden, no dio tiempo siquiera a que el doctor lo ubicara. Los hijos gritan de dolor, el señor de seguridad interviene para pedir a los familiares que esperen afuera, que solo uno puede quedar dentro. Discuten, pues no quieren salir y el doctor interviene; les explica que ya

no hay nada que hacer, que por favor esperen afuera porque la sala está muy llena. Rápidamente llega el camillero para trasladar el cuerpo a la morgue; la escena es fuerte, gracias a Dios es un episodio pasajero y todo se calma pronto.

JJ sigue con la mirada en dirección a la pared, y después de un rato me dice que quiere orinar. Improviso una cortina y orina en el pato, entonces aprovecho y le ofrezco un poco de jugo de durazno que trajo el hijo, del cual solo toma unos sorbitos y vuelve a colocarse de lado, pues definitivamente no quiere estar boca abajo. Lo sentí un poco tibio, y me motivo a tomarle la temperatura, confirmando que tiene fiebre. Le doy el medicamento con un poco de suero, y sin decir nada se lo toma, me quedo lo más cerca posible junto a él; ahora en la silla estoy un poco más cómoda, apoyo mi cabeza en su pecho y así me quedé largo rato escuchando su respiración.

A pesar de tanto movimiento producto de las emergencias, el tiempo parece haberse detenido. Busco aislarme de tanto ajeteo (ya con mi pesar basta y sobra), por eso no quiero quitarme los audífonos, no soporto ese sonido, y los cilindros de oxígeno no paran de sonar.

Llega una paciente bastante joven que se está asfixiando, pero por lo mal que está, parece vieja, acabada. La trajo su esposo y el doctor no tiene dónde

ubicarla, por lo que me habla y pide mi permiso para situarla frente a “mi” cubículo. La vecina no está con el esposo, hoy se ha mantenido ocupada viendo si le resuelven el problema de la habitación, para poder subirlo. Le digo al doctor que no hay problema, la señora está en extrema crisis y ni siquiera hay una silla disponible para sentarla. Sin dudarlo, de inmediato le presto la mía, gesto que el esposo me agradece.

Allí sentada el doctor logra examinarla y le informa a su esposo que tiene que buscar un manómetro para la bombona. El hombre le dice que vienen de Santa Cruz de Mara, que allá no hay oxígeno, que los trajo un vecino pero los dejó y se fue, y no tiene cómo salir. Su esposa se ahoga, el doctor tiene el oxímetro ocupado con otros pacientes; sabe que yo tengo uno y me lo pide prestado. Al mismo tiempo, una mujer grita: *doctor venga rápido, mi hijo no puede respirar*. El doctor sale casi que corriendo, deja a la señora, que también está en apuros, y al final soy yo quien le mide la oxigenación. La tiene en extremo baja, y al pasar un enfermero le digo que la señora está muy mal, que tiene la oxigenación en 40, es decir, se está muriendo. Su esposo desesperado ya no sabe a quién llamar, y yo estoy perturbada, incómoda ante la angustiante situación. Miro a JJ y compruebo que está dormido, o se está haciendo; se escucha gente llorar, y a los minutos reaparece el doctor para pedirme de nuevo el oxímetro y me ruega que también le preste el tensiómetro. La señora está en muy malas condiciones,

y el médico le advierte al esposo que necesitan colocarle oxígeno enseguida, por lo que hace un recípe y lo envía a la farmacia del hospital, para que le den una mascarilla y una solución con su macro gotero e inyectora y un medicamento. Le explica dónde es y casi le implora que vaya rápido.

¡Qué escena tan desesperante! Mientras el señor iba a la farmacia, decido abanicarla con un cartón; casi enseguida llega el esposo, busca al doctor y le dice que en farmacia no hay macro goteros, el doctor le indica que debe buscar uno donde sea porque necesitan pasarle el medicamento urgente a su esposa, y que busque también el manómetro. El pobre hombre se desespera, le mete la cabeza a la pared, espera a un compadre al cual llamó pero aún no llega, pues viene de Santa Cruz. Me acerco al estar de médicos y le digo al doctor que tengo un manómetro, que se lo puedo prestar mientras el señor resuelve. El doctor me pregunta con aires de incredulidad: ¿Está segura? Y yo con firmeza le respondo que sí, que por favor mande a buscar la bombona. El doctor se muestra de acuerdo y como para protegerme, me pide por condición que hable antes con el señor, para que igual busque uno.

—Aclare que usted solo lo va a prestar para salir de la emergencia, me dijo finalmente.

¡De nuevo ese maldito sonido! *rummm, rummm, rummm*. Logran colocar el oxígeno a la señora y de in-

mediato se nota la mejoría. Llega ahora el enfermero para pasarle el medicamento, pero le falta el macro gotero, el adhesivo, el algodón y el alcohol. ¡Siempre lo mismo! ¿Cómo es posible que un hospital que recibe a tantos seres humanos enfermos, no cuente con lo más básico, lo más elementalmente imprescindible en una emergencia? Cada vez que veo esta insólita precariedad no puedo evitar llenarme de odio contra este sistema de mierda.

Todo lo necesario se lo facilito, de manera que pudieran estabilizar a la paciente. El pobre hombre llora de vergüenza, y de agradecimiento.

Todo vuelve a la calma, al menos por ahora. Regreso con JJ pero como no tengo silla, me siento en el banquito. Le tomo ambas manos y siento su piel fresca, ausente del calor que le sentí más temprano. El termómetro indica que mejoró su temperatura, gracias a Dios le bajó la fiebre. Agotado el tratamiento que le estaba pasando, se lo retiro; trato de darle más jugo, pero no quiere, entonces le hago tomar un poco de suero. Tiene los labios secos, debe ser por la fiebre y el oxígeno, le aplico un poco de crema de cacao y trato de voltearlo para que no se canse por mantener una misma posición; se deja acomodar, ajusto la sábana que está húmeda por el sudor, arreglo bien la almohada, y me quedo con él con mis manos sobre su pecho.

Pocos minutos después llamó mi cuñada para saber cómo han seguido las cosas. No quiero preocuparla, y le digo que JJ está tranquilo, y de inmediato me pregunta cómo me siento, pues ella sabe que mi salud es de cuidado. Le respondo que gracias a Dios estoy bien, a la vez le pregunto por Josefina y me dice que no hay cambios, que sigue muy mal, que ha estado preguntando por JJ pero para evitar que se altere no le han querido contar que él está en el hospital. Le expreso que hacen bien, en cambio JJ sí sabe que su hermana está mal, y cada vez que se acuerda me pregunta por ella.

¡Dios mío!, otro llanto. ¡Maldito hospital! Los pacientes mueren como moscas, y lo peor es que cuando ves las estadísticas no reportan ningún fallecido, y al llegar a Emergencia en la puerta de entrada hay un papel bien grande, donde se lee que el hospital cuenta con todos los insumos para hacerle frente a la pandemia del coronavirus, y que todo es dispensado de manera gratuita. Sin embargo, lo único gratis que recibes aquí es a doña muerte...

Trato de orar por un momento, pero me es imposible concentrarme, JJ quiere de nuevo orinar; otra vez improviso la cortina y orina, le digo que tengo que dejarlo un momento porque necesito vaciar el pato, que no tardo. ¡Dios! ¡Cómo me cuesta ir a los baños!... no solo por las asquerosas condiciones de higiene en que se encuentran, sino porque tengo que atravesar

los pasillos llenos de enfermos y familiares con cara de alma en pena: ojerosos, cansados, sufridos.

Pero lamentablemente, es una necesaria obligación que no puedo eludir. Llego al baño y recuerdo que desde esta madrugada que salí de casa no he orinado, pero no pienso hacerlo, los baños están peor. Al caminar me di cuenta que ya mis pies están hinchados, sin embargo no soy capaz de poner mi trasero en esas pocetas. Ya veremos...

Cuando regreso encuentro a la vecina del cubículo de al lado esperándome para que le preste de nuevo el oxímetro, el cual saqué de mi bolsillo y se lo entregué.

Miro el reloj, así me entero que apenas son las cinco de la tarde. Le pregunto a la señora de la silla cómo se siente y me responde que gracias a Dios se siente mucho mejor, al menos ya puede hablar. Me cuenta que ya tiene varios días así, que estaba hospitalizada en Santa Cruz de Mara, pero tuvo que salir de allí porque no había oxígeno, y le dijeron que en el único hospital que encontraría es este, pero nadie le advirtió que tenía que comprar el manómetro.

Reflexiono y llego a la conclusión de que esta pandemia es una maldita tragedia, no solo por el virus en sí, sino por la falta de recursos en los hospitales y la perversa irresponsabilidad de los gobernantes. No dejan de llegar personas, hoy la mayoría de los pacientes

son relativamente jóvenes, no pasan de cincuenta años, y lo extraño es que cuando se les pregunta si están vacunados, todos dicen tener por lo menos dos dosis de esa puta vacuna.

Mi esposo tiene las tres, más la de la influenza, y se enojó conmigo porque yo no quise colocarme la tercera dosis. En este país las personas en la calle desconocen que el coronavirus está matando mucha gente a diario, la vacuna no sirve para nada, las estadísticas que anuncian las autoridades son falsas, pero si uno lo dice te llaman conspirador. Es la verdad, te dicen que si te vacunas, el virus no te ataca y si lo hace no te mata, pero será a quienes se vacunan en la Luna, porque en este planeta eso parece que no aplica.

JJ se queja, enseguida le pregunto qué siente, y me dice que le duele la barriga. Le digo que seguramente son gases, porque desde que llegó aquí no ha evacuado, y le sugiero colocarle la chata, sugerencia a la que responde que no, que mejor lo lleve al baño. Trato de explicarle que eso no puede ser, que no puedo desconectarlo del oxígeno y que además los baños están muy sucios, cosa que según me asegura no le importa, que igual quiere ir. Aunque le repito que no se puede, cuando me descuido se quita la careta, y me hace decirle casi gritando... ¿Qué haces, estás loco? Si quieres hacer pupú vas a tener que hacerlo en la chata, de inmediato puso mala cara y se voltea; me siento a la orilla de la cama y le doy masajes en el ab-

domen, trato de dárselos también en la espalda y en los pies, hasta que se quedó dormido...

Me llama luego su jefe para decirme que esté pendiente porque ya va llegando al hospital con unas ampollas de *Remdesivir*. Salgo de la sala para esperarlo, casi al mismo tiempo que llegaba, y de inmediato me pregunta cómo sigue JJ. Le cuento que hoy ha pasado muy mal el día; se preocupa, pues siente un cariño especial al igual que el resto de sus compañeros, y me cuenta que en la oficina están todos muy angustiados y hacen lo único que tienen a su alcance, que es rezar. (De verdad creo que deben estar todos preocupados, porque ya han muerto varios compañeros).

Despidiéndonos, le agradezco su apoyo y le pido que de mi parte diga a todos que estamos muy agradecidos, y que no dejen de orar por JJ.

Cuando entro consigo a JJ sentado en la camilla con la cabeza apoyada en la pared y dificultad para respirar, y además la máscara movida de su sitio. Imagino que eso ocurrió haciendo esfuerzos para levantarse, y automáticamente suelto la bolsa con los medicamentos y devuelvo la máscara a su adecuada posición. Verifico además que le esté pasando bien el oxígeno, a la vez que busco en el bolsillo el oxímetro y descubro que no lo tengo. Lo busco entonces entre las cosas guardadas y tampoco está, me desespero, indago en todas partes, hasta que recordé que lo presté a

la señora de al lado, y enseguida salgo a pedirselo. Le dije con firmeza a la señora que por favor, cuando le preste el oxímetro, enseguida que lo use me lo devuelva, porque yo también lo necesito. Corrí de prisa a medirle la saturación a JJ y compruebo que la tiene baja, por primera vez desde que ingresamos, le marca 84, eso me asustó mucho y fui de inmediato a participarle al médico.

No estaba en el estar, y salí a recorrer los pasillos a ver dónde andaba, hasta que al fin lo encontré. Le cuento lo que había pasado, se viene conmigo, le mide la saturación e igual da 84. Me pide que le ayude a ponerlo boca abajo, y como a mi esposo no le gusta esa posición, comienza a oponer resistencia, pero el doctor – que conoce bien su trabajo – casi que lo obliga a ello y me pide que busque al oxigenista para que chequee el sistema.

Le comunico a JJ lo que voy a hacer y salgo a buscar al oxigenista en su área y no lo encuentro, comienzo a recorrer los pasillos y tampoco lo encuentro, le pregunto al de seguridad si lo ha visto y me dice que debe andar para el almacén buscando cilindros, que dicho almacén está ubicado al otro lado del edificio, y me explica cómo ir allá. Llegar fue como recorrer un laberinto, no entiendo cómo es posible que el depósito donde guardan los cilindros de oxígeno esté tan lejos del área de Emergencia. De paso, hay de guardia dos oxigenistas y como los cilindros pesan mu-

cho, ambos deben ir a buscarlos. Esta circunstancia me parece horrible, porque si se presenta una emergencia, mientras ellos llegan el paciente puede morir. Pero bueno, al fin logré llegar hasta donde estaban y como ya los conozco le pedí a uno que por favor se viniera conmigo para la revisión correspondiente.

Cuando llegamos al cubículo sentí un alivio porque encontré a Cecilia allí, que había traído de cenar, y para ver qué podíamos necesitar. Le extrañó ver a JJ solo, pero la vecina le contó lo que estaba pasando y decidió entonces esperar. El técnico revisó las conexiones del oxígeno para asegurarse que estuvieran bien, y luego nos explicó que el inconveniente es que la conexión pasa por encima de la cama del vecino y queda un poco estirada, y si JJ no pone cuidado al moverse, esta conexión puede soltarse, lo que podría representar un enorme riesgo para el paciente. Nos aseguró entonces que iba a buscar una manguera más larga para sustituir la que hasta ahora se había utilizado.

Cecilia me dice que Luis está afuera, que andan en la moto y que no quiere entrar, pues ya sabemos que en la mañana le dijo a su padre que cuando saliera del trabajo pasaría por él para llevarlo a casa. Le solicité que me trajeran agua, suero, toallitas húmedas, más soluciones, macro goteros y guantes, y le pedí informarle a Luis Alejandro que el jefe de JJ trajo dos ampollas de *Remdesivir*, así que por ahora no debe preocuparse porque ya tiene para mañana y pasado.

Le aclaré que lo que pedí me lo pueden traer mañana, pues para hoy todavía tengo. Finalmente le pedí que me prestara su oxímetro, y sin hacer preguntas ensiguila lo sacó de su bolso y me lo entregó. ¡Gracias!

Me coloco de nuevo junto a JJ a esperar que el oxigenista regrese. Pasados solo unos momentos, de nuevo se deja escuchar aquel tétrico ruido... *rummm... rummm... rummm*, seguido de un entristecedor llanto. Hoy es sábado y la señora muerte parece vestida de gala para una fiesta, danzando al son de los cilindros, o quizás se trata de una actualizada versión de un Drácula salido de su ataúd a chuparle la respiración a los pacientes. Busco mi rosario, lo coloco entre mis manos y las manos de JJ; desde el banco de pies no alcanzo su pecho, pero aun así me conforta ver que la señora que llegó aún ocupa mi silla, que está sola pero respira mejor, su esposo aún no regresa.

Regresa el enfermero a colocarle una solución a JJ. Está deshidratado debido a la fiebre, y como se rehúsa a comer, aprovecho la oportunidad para que me ayude a darle un poco de jugo de durazno con zanahoria y espinaca. Experto como es, el enfermero lo sienta y hace que se tome medio vaso de jugo, aprovecho y también le doy suero cuando dice que quiere orinar de nuevo, pero no deja que el amable joven le ponga el pato, y él entonces me ayuda a taparlo. Orina muy poco, le hablo, le digo que se deje de tonterías, que lo que tiene es una gripe, que él es luchador, que lo

necesitamos, le repito... solo tienes una gripe, no te dejes vencer. Bajó la cabeza y le pidió al enfermero con la mirada que lo acostara nuevamente, y este lo acomodó bien, terminó de colocarle la solución y nos dijo que se la iba a dejar un poco lenta, que esté pendiente, y que de no estar él por allí, se la retire cuando se termine.

Antes de retirarse, me pidió disculpas por no haber podido pasar más seguido, debido a que han tenido mucho trabajo. Le dije que no se preocupara, que entendía por lo que tenían que pasar a diario, que por lo que respecta a nosotros, todo estaba bien.

Antes de lograr sentarme de nuevo en el banquito, llegó el oxigenista a cambiarle la conexión. La ajustó bien, mientras me explicaba que esa manguera por ser más larga daba espacio para la maniobra, y expresó su deseo de que la misma no se desajuste.

De nuevo quedo sola, y tomo un poco de suero; Cecilia me trajo cena pero no siento ganas de comer, me recuesto en la camilla, masajeo los pies de JJ, los tiene fríos, lo mismo hago con las piernas y él ni se mueve, por lo que comienzo a creer que le gusta, siento que se relaja, continuó así por largo rato.

Llega entonces el esposo de la señora de la silla, trae el manómetro y los medicamentos que le pidieron. ¡Qué lindo! Me conmovió ver cómo abrazó a su es-

posa. Ella le preguntó por los hijos, y él respondió que estaban con su mamá. Luego se dirigió adonde yo estaba, pero al conocer su intención me levanté y fui yo quien lo alcanzó, dado que no quiero que JJ se preocupe por nada. El señor estrechó mis manos y me agradeció consternado lo que hice por su esposa. Me contó que consiguió quien le prestara el manómetro y con el dinero que tenía pudo comprar parte de los medicamentos, que en cuanto le cambiaran el manómetro enseguida me lo devolvería.

Miro por la ventana, así me entero que está oscureciendo y el ambiente se percibe tranquilo. El pato está lleno de orina, necesito vaciarlo, además me duelen las piernas, las tengo hinchadas al igual que los pies. Ya han pasado muchas horas desde la última vez que oriné, y aprovecho que JJ está dormido para ir a hacerlo, pero antes le pido a la vecina que me le dé una miradita porque voy al baño, pues no quiero tener que recorrer esta noche esos pasillos.

Salí del cubículo como lo hago siempre: sin mirar a los lados y a toda prisa. Hoy hay demasiados pacientes, no sé en qué momento ingresaron tantas personas; vi un pasillo completo con doble fila de sillas y camillas. Llegué a los baños e igual que siempre, corría el agua por el piso, pero como cosa curiosa están solos. Observo que uno está medio limpio y creo que esa visión descolocó mi mente, porque enseguida me dieron ganas de orinar. Fue entonces cuando me dije

casi que en voz alta: esta es tu oportunidad, aprovechas ahora o te revientas esta noche. Pero mi mente para compensar el apremio que me insufló, me dio la idea de botar la orina y lavar el pato, y como pude oriné parada en él.

¡Qué alivio! Sentí un exquisito relax que se extendió placenteramente desde mi vientre hasta las uñas de los pies. Salí rápido de allí, y por suerte cuando llegué JJ aún dormía. Miré la comida intentando estimular el apetito, pero no me provoca comer, estoy totalmente inapetente, el barbijo me asfixia, debo tomar mis medicamentos. Pruebo el jugo y me da náuseas, debo tomar como siete tabletas y sospecho que mi pobre estómago va a pasarme factura; eso me ayuda a entender a JJ, la comida no puedo ni llevármela a la boca. Me sirvo suero, veo la cena y me da dolor que se vaya a perder; los vecinos ya cenaron, bueno, ellos todo el día están comiendo, esa señora sale como cuatro veces a buscar comida y regresa llena de dulces y galletas, creo que por eso está pasada de kilos. Se me ocurre preguntarle al esposo de la vecina de la silla si ya cenaron, y al instante reflexiono y me doy cuenta que es una pregunta estúpida la mía, porque no los he visto comer. El señor me dice que no, que cuando salió se le olvidó la comida, y entonces lancé la innecesaria pregunta:

—¿Quieren comerse mi cena? Es que no siento hambre, y me da mucha pena que se dañe, agregué sin esperar la respuesta. Él vaciló unos

segundos para contestarme, y eso me dio pie para ampliar el ofrecimiento:

—Es puré de papas con pollo “desmechado”.

—¡Ay señora, muchas gracias! Imagínese que no he comido en todo el día, desde que amaneció ha sido dando carreras con lo de mi mujer.

Le entregué los envases y le pasé agua, y como si fuera parte de un cuento de hadas, presencié el acto más romántico y hermoso que he visto en gran parte de mi vida: ¡Otro bello gesto cargado de sublimidad! El señor en lugar de saciar su hambre de inmediato, se arrodilló a los pies de su esposa, le alzó la mascarilla y le dio de comer. Cuando ella no quiso más, entonces él devoró lo que sobró. ¡Sin palabras! Aquí no todo es feo...

La sala estaba tranquila cuando de pronto se escuchó una explosión; había gritos por todos lados, no sé de dónde salieron, pero en el estar ahora hay dos médicos y dos enfermeros. Veo a otros corriendo de aquí para allá, y de allá para acá, y a pesar de la confusión y la bulla, comenzó a escucharse el *rummm... rummm... rummm*. Busqué rápidamente los audífonos, los conecté al *iPad* y me puse a escuchar *Chopin*; le di todo el volumen y aun así no era suficiente, ese sonido agudo y penetrante rebasaba los límites de la tolerancia, parecía venir de otro mundo, era capaz de romper la barrera del sonido, como campanas del inframundo saliendo a la superficie, sirviéndole de marcha marcial a la señora muerte.

Opto entonces por intentar darme un descanso, me siento en el banco dándole la espalda al estar médico y con la cabeza apoyada en la camilla, desanudo las trenzas de los tenis, estiro los pies y comienzo a respirar profundamente para tratar de relajarme aunque sea unos minutos. De repente siento que algo camina por mis pies, y al mirar cuidadosamente descubro que son chiripas de todos los tamaños, invadiendo mi cuerpo. Salté haciendo un esfuerzo colosal para no gritar por consideración a los pacientes, y para no despertar a JJ. ¡Qué asco! Adiós relajación... Me acomodé como pude en una esquina de la camilla, con los pies apoyados en el banco para que no quedaran colgando.

Sonó el teléfono; es el hijo para preguntarme por su papá. Le respondo que sigue igual, que no quiere hablar, ni comer, por la tarde no ha tenido fiebre y la saturación no le ha subido de 90.

—Mami, llamó abuela. Tía le contó, no quiere llamarte, pero está muy preocupada por los dos.

—Tranquilo hijito, mañana la llamo.

—¿Hablaste con tu hermana?

—No mami, tú sabes cómo es ella, está preocupada por el dinero.

—Sí... lo sé, tranquilo, Dios proveerá. Aquí esto está feo, y por lo que se ve la noche de hoy va a tener baile. Bueno hijo, cuídense, descansen, mañana antes de salir me llamas por si necesito algo. ¡Dios los bendiga!

Llegó la hora de cumplir tratamiento. Los enfermeros no se ven por aquí, los pobres están que no se han sentado. Se asoma la vecina de al lado para pedirme prestado el oxímetro y me dice que tan pronto lo use me lo devuelve. Se lo entrego y le pregunto cómo sigue su mamá, y me dice que la ve muy mal...

8:30 p. m. Llegan a cumplir el tratamiento, y para ello despiertan a JJ. De nuevo aprovecho la presencia del enfermero para que me ayude a voltearlo, ya que él como está acostumbrado a dormir boca arriba, mantenerlo boca abajo es demasiado difícil y además, no quiere colaborar con eso. Le hago tomar un poco de suero, esta vez rechaza el jugo, le tomo las manos, le beso la frente, le sonrío y le digo que lo amo, que estamos juntos en esto y juntos vamos a salir. Medio abrió los ojos, lo bendije y le deseé buen descanso.

Cuando el enfermero va a cumplir el tratamiento de la vecina en la silla, les pide alcohol, algodón, una inyectadora y adhesivo. Ellos no tienen, y sin pronunciar palabra alguna, le pasé al enfermero el morral donde guardo el material de JJ, y tomó lo que necesitaba. Me volteo para no darle oportunidad al señor de agradecerme, pues no quiero que nadie me agradezca nada, no estoy aquí porque soy una buena samaritana, estamos aquí por culpa de un maldito virus que está aliado con la señora muerte, para hacer desaparecer a media humanidad. Estoy tratando de entender cuáles son sus planes, por ejemplo: ¿Por qué se esconde tras ese mal-

dito sonido para hacer de las suyas? ¿Acaso es más cobarde de lo que creemos? ¿O será una entidad psicópata vieja y fea que se esconde para no enamorarse de nadie? ¿Será cierto eso de que anda con una lista para verificar quién es el siguiente? De ser así, ¿por qué no se los lleva, y listo? ¿Por qué torturar hasta causar tanto dolor, tanta humillación? Yo sí creo en ella como un ángel que tiene la noble misión de acompañar a las almas en la transición vida — más allá. ¿Por qué no se los lleva, y ya? ¿Por qué ese maldito sonido a muerte... rummm, rummm, rummm?

Hoy no se han apagado temprano las luces. Aprovecho y tomo mi *iPad* para seguir escribiendo, y sin ningún remordimiento me siento en mi banco dando la espalda a todos. Estoy cansada, creo que el coronavirus me está pasando factura, porque ahora mismo siento malestar, picor en la garganta y un poco de dificultad para respirar. Tomo una cucharada de jarabe para la tos, un antipirético y por suerte traigo mi “bombita”; ahora sí, me digo a mí misma, y trato de relajarme, allí sentada medito unos minutos, me impongo las manos, (soy creyente de la práctica de la disciplina del *Reiki*). Si todos los grandes maestros han usado este método para sanar, es porque en nuestras manos debe existir un poder muy grande que no aprovechamos; creo que si es como dicen, que todos somos hijos de un ser supremo, pues también somos herederos por lo menos de esa energía que nos hizo llegar hasta donde estamos.

Escucho música mientras trato de recordar lo mejor posible todas las últimas vivencias, no quiero que se me escape nada, soy poseedora de una cabeza sin memoria; nací con ese don, vivo el ya, el ahora, desde niña me descubrí. Por ejemplo, si tenía un examen en el colegio estudiaba el mismo día de la prueba, si lo hacía antes lo más seguro era que me aplazaran, algo que puede sonar un tanto extraño, pero así funcionó.

También podía hacer muchas cosas a la vez, era hiperactiva, y por suerte en esa época en mi pueblo nadie sabía de psicólogos, no había medias tintas, ¿eras normal, o estabas loca! En mi caso no sé a cuál renglón pertenecí y a estas alturas de mi vida no es de mi interés averiguarlo, ni me importa saber lo que opinen o digan de mí.

JJ se queja, es una costumbre que él tiene cuando está bien dormido, sin embargo no me confío y me levanto, con mucho cuidado le tomo la saturación, sigue en 90, no tiene fiebre, la máscara está bien puesta, el oxigenista esta vez hizo un buen trabajo.

Vuelvo a mi banco revisando si hay chiripas alrededor; no veo, parece que no les gustó el alcohol que rocié por todas las orillas y rincones entre el piso y la pared, y en el cajón de la mesa. Tomo el *iPad* y continúo escribiendo, hasta que siento que alguien se acerca. Es una joven un tanto desaliñada, se nota cansada, y en voz baja me dice:

—Disculpe que venga a molestar sin conocerla, pero mi papá está delicado y se nos acabó el adhesivo. ¿Será que usted me puede regalar un pedacito y también prestarme el aparato ese que se pone en el dedo?

—Sí hija, claro que sí. ¿Sabes usarlo?

—No, pero allá está el enfermero.

Entendí entonces quién la había enviado conmigo. Se lo entregué y le pedí que en cuanto lo desocupara me lo devolviera, y le enrollé un poco de adhesivo en el mango de una cucharilla plástica.

Continúo en lo mío, observo antes a los vecinos, ellos no se alteran por nada.

Se amorochan en esa camilla que no medirá más de 0,80 cm y se cobijan hasta las orejas y ¡a dormir se ha dicho! ¡Qué suerte tienen algunos!

Se abren de repente las puertas de la Emergencia, entra una mujer dando alaridos, y aunque no quise voltear, fue inevitable oír los gritos: Un médico por favor, rápido... ¿dónde está el doctor? ¡Coño, rápido, que se muere mi papá! El doctor no aparecía, y la mujer gritaba, maldecía, pero lo que ella no sabía es que en Emergencia solo hay dos médicos y dos enfermeros, y están llenos de trabajo. (Tampoco debe saber que son unos esclavos de este malparido sistema de salud).

Fueron muchos los gritos. A los ensordecedores clamores de la mujer, se unieron las maldiciones de

unos hombres que golpeaban con fuerza la barra del estar de enfermería, hasta que al fin llegó el señor de seguridad. ¡A mala hora!, porque al pobre lo insultaron a más no poder, hasta que apareció el doctor y también llevó lo suyo. Yo no volteaba, solo escuchaba las aterradoras maldiciones, y al cabo de unos minutos cuando se tranquilizaron, entonces hizo su aparición el *rummm... rummm... rummm*, haciendo acelerar mi corazón.

Volvieron los llantos, y los alaridos parecían confundirse con el *rummm... rummm... rummm*. No aguanté más y me levaté, y entonces pude ver frente al estar médico que en una silla de ruedas había un señor de unos ochenta años, siendo sostenido por una señora y un joven. El doctor trataba de examinarlo, le daba órdenes al enfermero, y el oxigenista apartaba las manos de la señora, pues con ellas cubría la cara del anciano, dificultando conectarlo al oxígeno. (No sé si fue el destino que me trajo a este hospital, e ignoro las razones y sus planes). El enfermero se acerca y casi que me ordena que le pase una inyectora, adhesivo, algodón, y le preste una ampolla de no sé qué cosa. Yo ni pregunto, y tal como si fuera su auxiliar, le paso mi caja de primeros auxilios para que tome de allí lo que necesita.

No han pasado cinco minutos cuando llega otro paciente, y tras este, otro, y otro. ¡Dios mío! Parece que se hubieran abierto las puertas del infierno; esta no-

che perdí la cuenta de cuántos moribundos han llegado buscando su purgatorio, y no sé cuántos de los que allí estaban, dejaron de estar.

Ahora son las cinco de la mañana, lo sé porque sonó la alarma de mi teléfono, es la hora de tener el tratamiento listo para cuando pase el enfermero. JJ se despertó, quiere orinar por tercera vez en esta madrugada, el pato está lleno, a media noche improvisé uno con una botella vacía de refresco que ahora está casi a la mitad. Como pude hice que orinara en ella sin derramarla, esta vez orinó bastante. Le pregunté cómo se sentía, no me respondió y se dejó caer en la camilla. Me costó mucho acomodarlo bien, sobre todo ponerlo de lado para que respirara mejor, pero al cabo de algunos intentos lo logré, aprovechando para tomarle de seguidas la temperatura.

No tiene fiebre y de la tensión está bien, le mido la saturación y noto preocupada que le bajó a 89, pero no me alarmo, porque pienso que se debe al esfuerzo que hizo al levantarse. (Se ha negado todo el tiempo a orinar acostado, aunque le explico que no debe moverse, pero igual, no me hace caso).

En toda la noche no se apagaron las luces, pues las bombonas de oxígeno y el Covid no han dejado de entonar sus letanías. La muerte también se viste con el verde de los cilindros, baila con su *rummm... rummm... rummm*. Ella sonríe, hoy está haciendo muy bien

su trabajo, se luce, es la dueña de la respiración, es la que consigue darle música al Covid y baila con él. La fiesta duró casi hasta el amanecer, *rummm... rummm... rummm...* se anuncia, y como nefasta vampiresa se prende del pecho de los moribundos, hasta soltarlos solo para asegurarse de que las campanadas se lleven el último suspiro.

Domingo, 12 de diciembre de 2021

Son las 5:30 a. m. El enfermero es puntual para cumplir el tratamiento, a pesar de la mala noche que debe haber pasado. ¡Qué voluntad de hombre! Le aseguro a quienes no creen en estos enfermeros y estos médicos de los cuales desconozco sus nombres, que no es necesario saberlos para ver en ellos al Dios humano, al Dios que habita en cada alma a la espera de hacer fluir al espíritu tan solo dando, entregándose sin rostro, sin manos cansadas, sin pies que duelan, sin fatiga, sin miedo; solo dando, solo entregándose.

JJ despierta cuando el enfermero le limpia los brazos, el cuello, el pecho, las piernas y hasta sus genitales. Le susurra un chiste que no logro oír, pero sé que es algo gracioso, porque JJ hace una mueca de sonrisa que se deja ver a través de la máscara. Antes de que el enfermero comience con el tratamiento le hace señas que quiere orinar, y el enfermero me pregunta por el pato. Apenada le digo que está lleno y una botella que usé en su lugar también está llena, pero enseguida veo

que otra botella de agua está por acabarse y le digo que espere, que esa también la voy usar como urinario. Saqué de mi bolso una tijera que traje el día que fui a la casa, la corté y ya... ¡otro pato! El enfermero me ayuda a levantarlo, JJ con el esfuerzo se agita y el amable paramédico rápidamente lo acuesta, le acomoda la máscara de oxígeno, hace que orine acostado y lo tranquiliza. Mide la saturación, y con preocupación vemos que le bajó a 84, e inmutable procede a colocarle el tratamiento, además de una ampolla de no sé qué, para estabilizarlo. Le habla, lo acaricia como quien acaricia a un hermano, y esta escena también me conmueve... Los abrazo a los dos, y compruebo que mi corazón no está preparado para esto.

Me preguntó antes de marcharse por qué no había vaciado el orine en el baño, y con mucha pena le confesé que sentí el frío de la muerte toda la noche, que no quise y aún no quiero dejar a JJ solo ni un momento, y mucho menos quiero tropezarme con la espeluznante escena de cuerpos amontonados como basura, en ese pasillo convertido en fosa común. Le dije también que no sabía cuántos fueron, pero siento que fueron muchos. Cada campanada en mi mente era la muerte que con su *rummm... rummm... rummm*, anunciaba su triunfal estocada.

Él bajó la mirada, y con voz quebrada me confesó; —No pudimos hacer más nada para salvarlos, esta ha sido una de las peores noches que hemos vivido. Mis

compañeros y yo estamos cansados y dolidos, amiga... y tienes razón, fueron muchos y más de la mitad están aún en espera de que los lleven a la morgue. Solo aquí en Emergencia creo que murieron más de treinta y sabemos que no figurarán en las estadísticas, pues al Estado no le importa; eso solo lo sabe el que llora su muerto por no tener a mano una inyectora. No te preocupes... yo boto el orine...

A las 7:00 a. m. llamó el hijo.

—¡Bendición viejita!, ¿Cómo amaneció el viejo? ¿Y tú cómo estás?

—Yo bien, hijito, y tu papá amaneció con la saturación desalentada, perezosa. Hoy parece que no tiene ganas de levantarse, vamos a ver cómo marcha, hijito. ¿Y ustedes cómo la están pasando?

—Viejita por nosotros no te preocupes... te recuerdo que la abuela llamó ayer y la vieja loca (así le dicen cariñosamente a mi hermana), le contó que papi está mal en el hospital y tú estás cuidándolo. Así que puedes imaginarte cómo se puso, pero tía dice que lo mejor es mantenerla al tanto de todo. Espera su llamada para que la tranquilices, porque quiere hablarte, quiere oírte, y así convencerse que están bien. —Ok hijito, tranquilo, yo misma la voy a llamar. Tráeme dos botellas de agua y para emergencias una vacía, trae también jugo de durazno para tu papá, pero que sea natural; si no hay natural compras los duraznos, los pones a cocinar unos minutos para luego licuarlos y ya. En el gabinete de arriba hay miel de abejas

para que lo endulces solo un poco, y a mí me traes dos pasteles de carne y una *Coca—Cola*. ¡Los amo, cuídense mucho!

JJ duerme. Yo estoy que me orino, pero no quiero ni acercarme al baño. La vecina está preocupada esperando que le den el traslado; su esposo se ve muy bien, y a la vecina de la silla la van a ubicar en una camilla, imagino que fue dejada disponible por alguna de esas tantas almas que partieron anoche.

¡Qué suerte! Pasan las chicas del aseo y le informan a la vecina que acaban de limpiar el baño. Aprovecho para preguntarles si ya el pasillo está despejado de... ellas entienden, se ríen y me responden que ya no hay nada, que puedo pasar segura. Casi corriendo fui al baño, esta vez no esperé a la vecina...

Llegó el hijo con el desayuno y los encargos. Se acerca a JJ pero aún duerme y no lo siente a su lado; le pido que salga porque no me gusta que permanezca en este lugar infecto por tantos virus y demás patógenos. Aprovechando que JJ está dormido lo acompaño hasta la salida para así respirar un poco de aire fresco, y el hijo termina yéndose preocupado después de ver a su papá decaído, pues hasta dormido se nota la tristeza en su rostro.

8:15 a.m. Ya los médicos están pasando visita para el cambio de guardia. Hoy no nos sacaron, imagino que

es por ser domingo o porque están tan cansados que no desean complicarse mucho. Cuando el grupo de médicos entró al cubículo, una doctora que no había visto antes sacó del bolsillo de su bata mi oxímetro y me dijo: —Señora discúlpeme, casi que me lo llevo, esto es suyo. Gracias por prestarlo, no sabe cuánto se lo agradezco.

Quedé sin entender nada, ni siquiera me acordaba del oxímetro, y apenas ahora logro recordar que la última vez que estuvo en mi poder, fue cuando se lo presté a una jovencita ayer por la noche.

¡Qué suerte! Regresó de guardia la enfermera amiga que cuidó a JJ el viernes cuando fui a casa para intentar dormir un poco. Ya nos conoce, y cuando pasó a saludarnos le conté que mi esposo no sé por cuál motivo se está descompensando, y eso me tiene muy preocupada. Ella solo me dijo:

—Amiga, esta enfermedad es así, roguemos a Dios que todo pase. Se acercó a JJ, le habló, y él de inmediato reconoció su voz. Abrió los ojos y la saludó levantando la mano, gesto que me alegró mucho, porque lo vi como una señal de mejoría. Aproveché el momento para darle algo de comer con la ayuda de la enfermera. Para ello lo sentamos, cepilló los dientes y ella lo aseó con toallas húmedas, luego tomó un poco de jugo, y pidió acostarse otra vez.

¡Al fin recupero mi silla! A la señora la trasladaron a un cubículo y ya tengo de vuelta el espacio y el paso

libre. La vecina está recogiendo sus cosas, parece ser que hoy sí sube a piso, aunque su esposo se ve bastante bien gracias a Dios. Lo ventajoso es que ella es enfermera de planta y entre compañeros se cubren, pero los comentarios de pasillo refiriéndose a los pisos no son nada bueno; hay rumores de que allá no hay personal suficiente para tantos pacientes, que para que cumplan tratamiento hay que estar detrás de los enfermeros, o si tienes dinero, buscar uno privado para que cumpla el tratamiento, que si hay una emergencia tampoco hay suficientes médicos, y que si aquí en esta sala es difícil, allá arriba es peor. Lo único positivo parece ser que estás en un cuarto, pero lo demás es una tragedia; los ascensores no funcionan, cada vez que necesites algo debes usar las escaleras, y entonces me pregunto: ¿Es que acaso puede haber algo peor que esto? Trato de buscar alguna información pero el personal solo calla, nadie habla, tal vez sea por temor a quedarse sin trabajo. Todo es rumor, pero no lo dudo, es horrible, tienes que conocer a alguien que trabaje aquí para que te brinde ayuda, sino estás jodido.

Comienzan las llamadas. Llaman los compañeros de JJ, ellos siempre tan solidarios, también llama su hermana, y el hermano que está cuidando a Josefina me cuenta que está muy preocupado porque no consigue recargar las bombonas, que están dando vueltas tratando de llenar un cilindro antes de que se acabe el que están usando. Aprovecho y llamo a mi madre, la pobre está muy preocupada, y aunque es una mujer

muy fuerte, no deja de mostrarse angustiada; trato de tranquilizarla, le digo que la estaré llamando para mantenerla al tanto de todo, llora, y me pide que le dé su bendición a JJ. Bueno, entre una cosa y otra, así se pasó la mañana.

1:30 p. m. Le traen a JJ la sopa que hizo la mamá de Cecilia. ¡Tan linda Eglée, no tendré nunca cómo agradecerle tantas atenciones! También traen otras cosas adicionales que pedí, todos los días se necesitan, los medicamentos e implementos médicos son costosos y todo el tiempo están pidiendo algo, no quiero ni pensar en lo difícil que la deben estar pasando los hijos, pues el gasto es bastante. ¡Dios mío, danos luz!

JJ despierta y quiere orinar. Hace esfuerzos para levantarse, pero no puede; le digo que se voltee poco a poco para colocarle el pato, y al fin de esa manera logra orinar. Lo acomodo bien en la almohada para darle la sopa, pero no quiere comer, me dice con voz muy débil que le llame al hijo, que se quiere ir de aquí, que no quiere estar en este hospital. Trato de explicarle que no puede ser, que necesita el oxígeno, que sin esa máscara no puede respirar, que por favor entienda, que no lo haga más difícil, que es solo una gripe contra la que debe luchar, que él es fuerte, es un guerrero, que por favor luche, que yo sola no puedo. Solo tienes gripe, le repito una y otra vez, se disgusta, llora, dice que no quiere, que desea irse, y entonces me da la espalda. Le recrimino su actitud y termino

llorando también. ¡Dios mío! ¿Por qué me has dado esta cruz? ¿Por qué la enferma no soy yo, si ya sé lidiar con todo mi ser? Pero JJ no, él es muy cobarde para las enfermedades, no va a aguantar esto.

Lo dejé tranquilo, me senté en mi recuperada silla y coloqué la cabeza sobre su pecho para sentirlo, sabía que no estaba dormido, ya conozco esa actitud en él. Guardé total silencio, me limité a escuchar su respiración. Recordé entonces haciendo un repaso de mi vida, las veces que en el baño lo escuché llorar cuando el cáncer me visitó. Él se enfermó conmigo, sufrió todos mis dolores, mis desganos, mis desvelos, vivió cada cabello que cayó, cada kilo que perdí, cada punzada de cada aguja profanando mi carne; cada fiebre, cada batido con clara de huevo que me hizo tomar, cada sopa, cada vómito, cada día como si fuera él último, y ahora yo tan descarada lo llamo cobarde, cuando el verdadero guerrero en mi enfermedad fue él.

¡Y ahora me llaman guerrera a mí! ¡Qué sabe nadie! Él y solo él fue farol en mis noches y ternura en mis días. No quiero cuando pienso esto, negar lo importante que fueron todos en mi familia, que es la mejor familia del mundo. Mis amigos fueron ángeles volando cargados de oraciones, que llevaron cada día sus cánticos hasta el Cielo. Pero yo, Mirna Beatriz, tengo la suerte de haber encontrado al mejor esposo. ¿Que tiene defectos? Sí, los tiene... ¡y muchos!, También yo los tengo, y muchos también, quizás más que él; pero

hay un cúmulo de años en que estos defectos se han ido configurando para fundirse en una sola entidad, un solo ser, una única alma.

Llegan a cumplir tratamiento. ¡Qué bueno! Salgo de mi cavar, y noto que esta vez no vino mi amiga la enfermera. La nueva comenzó las preguntas de rutina, y al saber todo lo que quiso indagar despertó a JJ, quien se hacía el dormido. Le administró el tratamiento y aún tiene la saturación baja, no quiere subirle, por lo que fue a hacerle la observación a la doctora de guardia. Regresó al minuto con un récipe y me instruyó para que buscáramos nuevos medicamentos, es decir, ahora teníamos otra lista de medicinas por comprar.

Llamo a Luis Alejandro y le informo que su papá sigue delicado. Le cuento que pide que lo llevemos a casa, que se encargue él de ir a buscarlo, y el hijo aun cuando no dice nada, sé lo que está sufriendo. Me preocupan los gastos, y él me insiste en que pierda cuidado, que ellos se encargan de eso.

Llamé a mi hermana porque la mente me requería desahogarme, y me dijo que el esposo de su hija nos envió un dinero. ¡Dios mío! Gracias, porque de verdad lo estamos necesitando, y aunque los hijos no digan nada, yo sé con lo que cada uno cuenta.

¡Al fin! Los vecinos se van a piso, se despiden, se ven muy alegres y no es para menos, pues ya el señor

está salvo de este maldito virus. La cama queda vacía, pero no por mucho tiempo. Creo que los vecinos no se habían instalado aún en su nueva habitación, cuando a la Emergencia llegó un joven de unos treinta años, ahogándose, con mucha dificultad para respirar y tan hinchado que parecía que iba a reventar. Es indígena, lo trajeron sus tíos, y después de pasar por la rutina de urgencias lo ubicaron en la cama vacía. El muchacho se ve muy mal, parece estar asfixiándose y lo sondearon para que orinara, porque supuestamente lleva dos días sin hacerlo. Es asmático, según la tía, y vienen de la Alta Guajira. No tenían cómo salir de allí, hasta que un tío pudo ir a buscarlo; de verdad se ve en muy malas condiciones.

Hoy el día ha transcurrido si se quiere tranquilo, espero que la noche sea igual. JJ sigue inquieto, lo veo pálido, se le nota la mirada vacía, perdida, como si su alma ya no estuviera habitando en su cuerpo. No está comiendo, solo toma unos sorbos de jugo y suero, ha pasado todo el día en silencio, la saturación no se estabiliza, (sigue entre 84 y 86), esto es harto estresante y trato de distraerme para no sucumbir ante esta angustia que me oprime contra la esperanza.

Los nuevos vecinos son personas muy humildes, la mamá del joven no habla español, solo su lengua, y los médicos no saben cómo comunicarse con ella. El joven trata de responder en su lugar pero le cuesta mucho hablar, está mal; le están pidiendo con urgen-

cia una cantidad de exámenes de laboratorio y un Rx de tórax, pero lo más estúpido de todo este drama es que este puto hospital siendo un hospital piloto, no presta ninguno de esos servicios, porque la única máquina de Rx con la que cuentan está dañada, y no hay equipos ni reactivos para los exámenes de laboratorio. ¡Qué desgracia tener que caer en las manos de estos gobiernos de mierda!

Nos abraza la tarde. He pasado el día nadando en un mar de preguntas sin respuestas, de silencios llenos con leves latidos como si escaparan furtivos del corazón de mi esposo, con mis sienes adosadas a su pecho escuchando su respiración. Sí, su lenta e inusualmente pausada respiración. Ella me habla, es la única que me hace sentir que está vivo, y junto a mi compañero el *iPad*, creo que me han salvado de extraviar la poca cordura que pueda quedarme a estas alturas. La tableta electrónica es con la que hablo contándole todo lo que veo, siento, somos, y no somos. ¡Qué suerte tengo de poder garabatear línea a línea lo que me dicta el corazón!

Llegó el hijo con los nuevos medicamentos y me llamó para que saliera, pues anda solo en la moto y no hay dónde estacionarla. La seguridad del hospital no permite aparcar en el único estacionamiento disponible, desconozco el porqué de tanta payasada, no sé qué cuidan, alegando que la orden forma parte de una normativa contra el Covid.

¡Qué risa! ¡Qué mal chiste! Adentro el personal no tiene ni agua para lavarse las manos, mucho menos antibacterial, alcohol o mascarillas. Salí a recibir las cosas, me preguntó si quería comer algo y le dije que no, que así estaba bien, porque aún quedaba jugo, suero, y algo de comida, que no se preocupara, que se fuera a descansar. Lo bendije, y se marchó.

Bueno, ya tenemos los medicamentos, gracias a Dios no ha faltado nada, todo lo que se ha necesitado hasta ahora lo hemos traído. JJ despierta, quiere orinar y ya casi no da para moverse, su cuerpo está pesado, no puedo moverlo sola y le pido que me colabore, pero él tampoco tiene fuerzas. Como puedo, le coloco el pato y orina, la espalda me duele, mis pies están edematosos como los del joven que recién llegó, la cabeza me está dando vueltas y eso es mala señal. Busco los medicamentos para la jaqueca, trato de evitar que coja cuerpo, que se desarrolle implacable como en frecuentes ocasiones ha ocurrido. ¡Qué irónico! Yo con un solo ojo, (producto de una agresiva tumoración que acabó con el nervio óptico de mi globo ocular izquierdo) y veo doble. ¡Dios!, ayúdame a soportar lo que me viene. (De acuerdo a los síntomas, sabía que si se me alborotaba la cabeza, esto desencadenaría todos mis demonios).

La mamá del joven me habla pero no entiendo lo que quiere decirme, entonces me señala el pato y comprendí que el joven quiere orinar. Me acerco a

él y trato de explicarle cómo funcionan las cosas allí, diciéndole que necesita una botella para que pueda hacerlo. No tenían botella, yo guardaba una extra, y se las di.

Regreso a mi silla, la hija de la señora del cubículo de al lado viene por el oxímetro. Me dice que su mamá sigue muy delicada, y pienso que esa señora es fuerte y que su hija es un tesoro, puesto que no descuida ni un segundo a su madre. También llegó el esposo de la vecina de la silla, igualmente para que le prestara el oxímetro y me preguntó si tenía una chata. Le dije que sí, que tengo la de mi esposo pero él no la ha usado, y se la pasé. Le informo que el oxímetro lo tiene la señora del cubículo vecino, que si quiere vaya hasta allá a ver si ya lo desocuparon y que les diga que se lo presten. Eso sí, luego de usarlo que por favor me lo devuelva de inmediato. El señor, como siempre, se mostró muy humilde y agradecido.

Nuevamente hora del tratamiento. Esta vez sí vino la enfermera amiga, se acercó a JJ y le habló. Él sabe quién le habla, le presta atención y ella se sienta en mi silla y conversa con él un buen rato. Sabe cómo tratarlo, le da a beber un poco de jugo, también suero, y le dice que como no está comiendo le va a colocar una solución además de todo el tratamiento, y que intente colaborar tomándose el jugo y el suero para que se alimente y mejore pronto. Él no responde nada, y luego se voltea. Ella se dirige a mí:

—Te veo mal amiga, ¿Qué te pasa, cómo te sientes?
—Me estoy sintiendo muy mal, la cabeza me va a reventar y tengo muchas náuseas.

Ella sabe que tengo Covid, se alarma y me mide la saturación, encontrando que afortunadamente estoy bien. Le explico que no es culpa del Covid, que es mi neuritis crónica atacándome, golpeándome bajo y casi que a traición. De allí las fuertes jaquecas, y los calambres que siento desde la punta de los dedos del pie, hasta el último cabello en mi cuero cabelludo. Probablemente es el cansancio lo que ha hecho que se activen los síntomas y se disparen los signos, pero ya me tomé los medicamentos y creo que voy a estar bien.

—Ok, está bien. Voy a terminar de aplicar los tratamientos, y luego paso a ver cómo sigues.

Vuelvo a mi silla y trato de relajarme, siento que me estoy partiendo en dos, respiro lentamente, me aplico *Reiki* para ayudarme. JJ está tranquilo, solo le siento su respiración, la suya y la mía se unen y es como una suave melodía. ¡Dios mío! Cuánto diera por poder descifrar, explicar, cantar lo que significa este sonido. Es algo que no es humano, estoy segura de que eres tú Señor, acariciándonos.

Creo que me quedé dormida sobre el pecho de JJ, y aunque debió ser solo un instante, me parece una eternidad. Miro la hora y el tiempo parece haberse detenido, la cabeza me da vueltas y ya no aguanto; bus-

co entre las cosas una bolsa y vomito y vomito hasta quedar sin aliento. Sentí que iba a desfallecer, tomé suero y volví a vomitar, entonces tomé más suero; sé que no puedo darme el lujo de desmayar, debo estar bien, JJ me necesita. Até la bolsa y la coloqué bajo la camilla, y busqué otra para tenerla a mano, porque sé que esto del vómito va a continuar. Vuelvo a recostar mi cabeza cerca del pecho de JJ para sentirlo, pues ya ni se mueve. ¡Cómo duele!

Me asombra cómo está de tranquila la noche. ¿Será que el Covid y la muerte se tomaron un descanso, o es que fueron a otro lugar a hacer de las suyas? Es increíble la quietud de este momento, cuando ayer a la misma hora esto parecía el infierno, y hoy todo está en una extraña y fría calma. Los *rummm... rummm... rummm* de los cilindros no se escuchan, el estar tiene rato solo, y los pacientes cada uno en su lecho parecen ser arrullados por el sonido de su respiración.

Volvió la enfermera amiga a dar una vuelta. Miró primero a JJ, y luego me preguntó cómo me siento. Le cuento que mal, que he vomitado y los dolores han ido en aumento, que necesito inyectarme y tengo conmigo los medicamentos que me indican para cuando estoy en este caos.

—¿Tú podrías inyectarme?, le pregunto.

—No, pero voy a conseguir con la doctora de guardia una orden autorizándome, y como padeces Covid, no va a ser difícil que firme.

¡Qué broma! El paciente es JJ y yo ahora vengo con mi pendejada. ¡Qué rabia! Al rato regresa con una solución y una ampolla para las náuseas.

—Conseguí la autorización, dame los medicamentos.

Se los pasé y allí mismo en la silla me toma la vía para administrarme la solución y los fármacos del caso.

—Voy a pasarte esto, pero si no mejoras, vas a tener que irte.

—No voy a dejar solo a JJ, estoy acostumbrada a estos malos momentos, le acoté. —Vamos a ver... permaneceré vigilante en el estar, cualquier cosa me pegas un grito...

Se acabó mi tratamiento, y siento una leve mejoría. Después de todo, ¿qué más puedo pedir en estas condiciones? De todas maneras el paciente es JJ, es él quien amerita todas las atenciones, aunque la amiga insiste en que debo irme. Le hago saber entonces que no voy a separarme de él, al menos no por esta noche; sé que estoy mal, pero también sé hasta dónde puedo llegar, pues a lo largo del tiempo he aprendido a ser la dueña de mi cuerpo.

Llegó la media noche. JJ despierta y quiere orinar. Le coloco el pato como puedo y le pregunto cómo se siente. Me habla, pero no entiendo lo que dice, balbucea, está sin fuerzas y él lo sabe, es como si su fuente de vida estuviera agotándose. Me acerco y le pregunto si se quiere ir, si me va a dejar; no dice nada pero a la vez, esa mirada lo dice todo.

Lo siento cansado, y viene ahora a mi memoria lo que siempre le dije cuando se mostraba intenso: *Tú tienes que morir primero que yo, porque con ese mal carácter nadie va a cargar contigo, a nadie le gusta cargar con viejos amargados*. Y ahora que lo veo allí, en esa camilla, con esa máscara de oxígeno que lo mantiene vivo, no sé, no sé nada y no quiero saber de nada; hay momentos en que no siento nada, como si mi manantial se secara poco a poco junto al de él. Este vacío, desleal e ingrato vacío que quema toda razón, pareciera estar en llamas apagando cada latido del corazón, de su corazón, de mi corazón. Hay momentos en los que he sentido torbellinos en mi cabeza, como si un voraz e incontrolable incendio de amarguras arrasara con todo lo que creía mío. JJ, no me hagas caso, no me dejes. Ese *no me dejes* me lo repito en silencio.

Cuando comenzó el Covid siempre dije en mi casa, que si me contagiaba y me agravaba, no quería hospital y mucho menos una UCI; que yo, Mirna Beatriz, pedía que me dejaran morir dignamente en mi cama. Eso lo repetí con insistencia y aún lo sostengo, pero con JJ es diferente, porque sé que él es diferente. Él es de médicos, de vacunas, de cuidarse, aunque esta vez no lo hizo, pues tenía días abusando de su salud; estaba como loco dedicado al trabajo, la hija y yo no queríamos que siguiera laborando, le decíamos que estaba dejando allí la vida, que no valía la pena.

Pero al contrario, parecía aferrarse más a sus labores, y hasta llegamos a creer que usaba el trabajo como

vía de escape para no enfrentarse a la realidad. Este año fue duro para él, murió mucha gente a la que quería, familia, amigos de toda la vida, compañeros de trabajo, pero lo que más lo afectó fue la muerte de su primo José, quien más que primo, era como su hermano. Los dos se amaban, parecían gemelos, nunca había visto tan grande amor entre dos primos, y esa partida no la ha superado. Luego se fue otra persona muy importante para él, su gran amigo Medina, un amigo de esos que son de verdad, y el único de ese grupo de amigos de infancia que le quedaba. Eso terminó de devastarlo, nunca lo superó, no lo lloró, y eso nos tenía en alerta.

Ahora que estoy con él en este puto hospital, hago análisis del comportamiento de JJ y sí, sí venía comportándose de manera extraña. Ya no salía, siendo que antes se iba conmigo a todas partes, y últimamente lo invitaba a cualquier sitio y me decía que fuera sola. Siempre ha sido hiperactivo y ya no lo era, llegaba tarde del trabajo, se iba en la madrugada y los fines de semana se quedaba encerrado en la habitación, no salía ni a comer, a pesar de que nunca le gustó hacerlo en el cuarto, y últimamente me decía que le llevara la comida a la cama y cosas así, de ese tenor. No parecía él, y así lo comenté varias veces con mi hermana y hasta con la hija, pero la gota que reboseó el vaso fue ver que Ángeles envió todas las cosas que él le pidió y cuando llegaron ni siquiera tuvo la delicadeza de abrir la caja. ¡Dios mío! ¿Será que ha estado preparándose para partir?

Se escucha llanto del otro lado del pasillo. Me da escalofrío saber que doña muerte volvió; ya es de madrugada, la noche ha sido tranquila pero larga, angustiante. Yo continúo con esos putos dolores, y JJ no quiere ni abrir los ojos. Saco el rosario y me pongo a rezar, a pedirle a Dios que si es su voluntad lo sane, pero si no, que por favor se lo lleve sin tanto sufrimiento, que tenga en cuenta que él ha sido un buen hijo y fiel creyente, con su mal carácter, pero fue bueno con su madre. Ha sido además buen hermano, solidario familiar sin límite, buen esposo, buen padre, buen amigo; no merece tanto sufrimiento, creo que merece irse en paz.

El joven de al lado se queja mucho, su pobre madre no ha dejado de orar, son cristianos evangélicos. Ella se me acercó para pedirme que le midiera el oxígeno, me lo hizo entender con señas; me levanté como pude y comprobé que tenía baja la saturación. Como ella no entendía, fui a buscar a la doctora, pude encontrarla en otro pasillo y le pedí que cuando se desocupara fuera a ver al joven, que se siente muy mal.

Volví a mi silla y rosario en mano tomé la de JJ para que me sintiera. En efecto, me sintió, apretó mi mano, y entonces lloré, pero con la cabeza baja para que no lo notara. Llegó la doctora a ver al joven y estuve atenta, lo examinó y preguntó por qué está sin tratamiento pero la señora no entendió y el joven con la máscara y lo mal que se sentía, trató de responder pero no

pudo. Sin poder ser indiferente ante la situación, me levanté y expliqué a la doctora más o menos lo que escuché cuando los tíos se fueron: mañana ellos traerán los medicamentos porque primero tienen que conseguir el dinero. La doctora dice que no pueden esperar, que hay que pasarle urgente unos medicamentos, por lo cual hace un récipe para que vayan a la farmacia a ver qué tienen, y como la señora no entendió nada me ofrecí para ir. Le pedí el récipe y enseguida salí, atraves  los pasillos y me di cuenta del porqué él área donde estoy est  tranquila, y es porque la acción est  de este lado.  Dios! Hay pacientes hasta en el piso.

Llegué a la farmacia y por suerte no hay nadie más buscando algo. Le paso el récipe al joven, lo toma, camina en dirección a la estantería y regresa con una solución y un macro gotero, una ampolla no s  de qué, una tirita de adhesivo pegada al frasco de la solución, y nada más. Me pregunto entonces para qué tienen farmacia si solo consigues soluciones y uno que otro medicamento.

Desde que estamos aquí todos los días paso a ver si hay algún fármaco de los que tiene indicados JJ, y solo me dan una solución diaria y un medicamento que es costoso (25 dólares) y únicamente he conseguido que me lo suministren dos veces, a pesar de que JJ lo tiene indicado para uso diario. Pero bueno, gracias a Dios no le ha faltado nada. Retorn  con las cosas y vi a la doctora en el estar, desde donde me

indicó que buscara a la enfermera para que cumpliera con el tratamiento. ¡Haberlo dicho antes! Voy al cubículo para darle una mirada a mi viejo, y compruebo que duerme, que está tranquilo. Salgo de nuevo en busca de la enfermera y por suerte la encuentro rápidamente, y me dice que en un momento lo atenderá. Regresé enseguida y le hice señas a la señora que estaba por venir la enfermera, algo que me agradeció con una oración, según creo.

Me vuelven las náuseas, los dolores parecen alborotados, los puyazos que siento en la cabeza son como si me clavarán agujas, igual siento en pies y manos, me masajeo, los pies están hinchadísimos; me suelto las trenzas, trato de moverlos, pero duelen, tomo un poco de suero y me apoyo en la camilla, para sentir la respiración de JJ.

Mi amiga enfermera llega a cumplir el tratamiento del joven, toma la solución y pregunta por la inyectora y otro medicamento, y resultó que no lo tienen. Le hago señas para que busque lo que necesita en la caja de los de JJ y al fin completa el tratamiento del joven; espero en Dios que eso lo mejore. La amiga menciona lo que tomó y ella misma guarda la caja, y me pregunta cómo ha estado JJ. Le digo que igual, que solo despierta y habla cuando quiere orinar; ella se acerca y le habla, le pregunta cómo se siente y él trata de decir algo con la mano pero no lo logra. Intenta ponerlo de lado, me pide ayuda, está muy pesa-

do, parece que se resistiera. Le hablo, lo abrazo, me recuesto sobre él y le pido que colabore, que necesitamos ponerlo de lado por su bien, entonces gracias a Dios hace lo posible por colaborar y logramos voltearlo, pero se cansó por el esfuerzo. Le medimos la oxigenación, que infortunadamente continúa baja. ¡Dios mío, qué angustia!

Está amaneciendo, me siento agotada pues los dolores no cesan, estos últimos minutos antes de la aurora voy a tratar de descansar. Me es imposible mantener mi mente relajada, la cabeza no solo me va a estallar de dolor, también de tanto pensar; cierro los ojos, rezo, canto, escucho música, hablo sola, pienso y pienso, y me pregunto qué estará pensando JJ. ¿Por qué no habla? ¿Por qué no dice lo que siente? ¿Por qué no dice lo que quiere? ¡Mi Dios!, ¡jarránanos este amargo cáliz de nuestro destino!

Lunes, 13 de diciembre de 2021

5:30 a.m. Hora de preparar las cosas, ya los médicos y las enfermeras están en el estar y actualizan las historias médicas, pero repentinamente se interrumpe la tranquilidad... ¡Doctora, doctora! ¡Venga rápido!...

Los gritos salen del cubículo de al lado, una doctora se dirige ahí enseguida, y detrás va la enfermera. Esta vez no hubo *rummm... rummm... rummm*, pero igual

después de un breve silencio vino el llanto, significa que sin que nadie la llamara la muerte hizo antes del amanecer su entrada triunfal. El escalofrío recorre nuevamente todo mi cuerpo; llanto, solo llanto y dolor adornan este amanecer. Murió alguien joven, no solo se mueren los viejos, a este maldito virus no le importa la edad, ni las vacunas. ¡Al diablo con todo eso! La parca y el maldito virus hacen un dúo macabro, trabajan de la mano sin que haya nada que se interponga, y más estando en este puto hospital de mierda, que si no fuera por sus médicos y enfermeros desearía que desapareciera de la faz de la Tierra. Aquí nada sirve, y estoy dudando si fue buena decisión haber venido, o si debimos marcharnos cuando JJ lo pidió. Ya no puedo disimular estos fantasmas que comienzan a trastornar mi corazón y mi cabeza.

JJ quiere orinar, pero me cuesta mucho ponerle el pato, aunque a él ya no le importa que lo desnude. Le doy los buenos días, y medio levanta una mano como para que sepa que me escuchó.

Hay retraso en el cumplimiento del tratamiento, ya van a ser las 6:00. Por la ventana comienzan a verse reflejados los primeros rayos del sol, y me parece extraño, pero siento mucho frío. Llega ahora la enfermera con las primeras tareas del día y el interrogatorio de rigor. Le explica que va a cumplir el tratamiento, le pregunta si desea primero cepillarse los dientes, y también le pregunta si puede sentarse para arreglarle

la cama. Esta vez mi esposo colabora, y pienso que es porque si algo detesta es no cepillar sus dientes a tiempo; es adicto a esta práctica y lo hace de manera tan seguida y tan fuerte que según el odontólogo, eso ha contribuido al desgaste dental que tiene. Luego de orinar, la amiga – como siempre – lo arregla bien, le acomoda la cama, lo asea con toallas húmedas y hasta le peina su calva. Le da a tomar un poco de suero, lo acuesta, coloca el tratamiento, le toma la tensión que gracias a Dios ha mantenido bien, después mide la temperatura, no tiene calentura pero el termómetro marca más de 37.5, lo que hace que le administre algo para la fiebre, pero cuando le mide la saturación, esta continúa bajando. Tenerla en 82 es alarmante, ya que con el oxígeno dispensado no debería estar tan baja, por eso ella va y le comenta a la doctora, pero como ya están preparándose para pasar visita y entregar la guardia, le dice que le coloque algo, que más luego ella pasará a verlo.

Ya parezco un zombi, ya no veo, no escucho, no coordino, continúo con las náuseas y la cabeza no la siento. Mi amiga se da cuenta, y me propone algo: —Ve amiga, estoy por terminar mi guardia. Mientras entrego serán como las 10:00 a. m. y puedo atender a tu esposo unas horas, porque mi hija estará en clases hasta las 4:00. ¿Qué te parece si te cubro mientras vas a tu casa, te das un baño, te recuestas un rato, te relajas, y luego vienes más descansada? Porque de seguir así, la próxima víctima vas a ser tú. Ese gesto

se lo agradecí con el alma, pero le advertí que me iba con la condición de dejar a mi esposo después que lo viera la doctora, y estuviera segura de que todo estaba bien. Así lo acordamos.

Fui al baño a lavarme la cara y vaciar el pato y las botellas con la orina. También las bolsas que tenía debajo de la cama con mi vómito de anoche (antes, le hablé a mi esposo para hacerle saber que regresaba enseguida). De esa forma logré verter los desechos, pude lavarme, orinar, poner en orden todo, y de allí salí casi que corriendo.

Llegando de nuevo al cubículo, recibo la llamada del hijo para preguntarme qué necesitábamos. Aunque no quisiera, siempre había una lista de gastos, y esta vez le pedí que consiguiera unos centros de cama clínicos, pañales talla L, toallas húmedas, alcohol, y gel antibacterial. Le pedí además que me trajera más suero hidratante, porque era lo único que su papá estaba tomando. Preguntó por mi desayuno y le dije que no se preocupara por eso, que a lo mejor iba un rato al apartamento a bañarme y cambiarme. Con respecto a esto último, confieso que en verdad me estaba haciendo falta, desde el sábado por la mañana no me daba un baño. ¡Qué horror!

Me acerqué a JJ y le sonreí, le di un beso, sentí su respiración débil, está muy decaído, medio abre los ojos. ¿Cómo pudo suceder esto, si los dos llegamos

al hospital caminando? Solo pasábamos por una consulta, por otra opinión médica. ¡Maldita la hora en que tomamos esa decisión! Nunca dejaré de reprochármelo, es una culpa que siento que me devora el corazón a cada instante.

Miro por la ventana y aprecio el sol que brilla. Llegó el señor de seguridad a anunciar que todos los acompañantes debemos esperar afuera. ¡Vaya rutina!, no la entiendo, pero normas son normas y siempre he sostenido que debemos acatarlas. JJ parece estar dormido, sin embargo le hago saber que es hora de cambio de guardia y debemos esperar afuera, al tiempo que le doy un beso. Lo único que me alegra de esta norma, es que puedo respirar un rato sin la mascarilla que me asfixia, y ver el sol a mis anchas.

Cuando estoy fuera parece que la gente que desea llamar lo sabe. El primero en hacerlo es el jefe de JJ, quien me pregunta cómo siguen las cosas. Le informo que no quiero engañarlo, que veo a mi esposo muy mal y que no siento que mejora, al contrario, no quiere comer, no habla y está muy pálido y demacrado. Me pregunta entonces:

—¿Qué podemos hacer?

—Rezar...

Nos despedimos y siento que queda muy preocupado por mis palabras. Otra llamada que atiendo es de mi cuñada Lila, ella es otro ser a quien no puedo

mentirle, y le digo más o menos lo mismo. Bueno, es que ya a estas alturas no puedo mentirme a mí misma, ni mentirle a nadie. Quizás por eso es que me atreví a decirle a ella que recemos mucho para ver si Dios hace el milagro, o pedirle que se lo lleve sin tanto sufrimiento. Esto la devastó, ella y JJ son muy buenos hermanos, tienen mucho en común y se quieren un montón. Es muy religiosa, y además de haber estudiado en un colegio de monjas, es amiga de todos los sacerdotes y obispos de la ciudad donde vive; para ella Dios y la Virgen juegan un papel muy importante en su vida, y no dejará un solo instante de estar en oración perenne por su hermano. Le pregunto por Josefina y me dice que aún no la ha llamado, pero que ayer lograron recargar las bombonas de oxígeno y por esa parte ya están más tranquilos. Me despido de ella dejándola hecha un mar de lágrimas.

Llamé a mi madre para ponerla al tanto de la actual situación, pues quiero hacer todas las llamadas pendientes antes de regresar a la sala. Hablo con ella, que por suerte no es llorona, es una mujer muy fuerte, característica esta de familia, herencia de mi abuela, una india batalladora y guerrera; ojalá algún día pueda escribir sobre ella, pues a su espíritu de fortaleza las mujeres de la familia le debemos mucho. Mi mamá me infunde aliento para continuar y para que me cuide, porque cuidándome es la única manera en que puedo cuidar a los demás.

Por último, aunque probablemente a esta hora la hija debe estar durmiendo, igual la llamo, tengo necesidad de hablar con ella sin la presencia de su padre. Marqué su número y enseguida me respondió.

—¿Qué pasa ma?

—Tranquila hijita, no pasa nada, pero te quiero avisar que veo a tu papá muy mal. No creo que aguante esta, no quiere batallar, no me responde, le hablo fuerte y me da la espalda. Me atreví a preguntarle si quería irse, y solo lloró, no sé qué hacer, pero te voy a decir algo, pues de una cosa estoy segura: si tengo que decidir entre la UCI y dejarlo que se vaya tranquilo, voy a dejar que se vaya.

—Mami, lo que tú decidas estará bien para mí... yo haría lo mismo.

La bendije, nos despedimos, y emprendí camino de regreso. Cuando entré al cubículo saludé al joven y le pregunté cómo había amanecido, y me respondió con voz claramente audible que mucho mejor. Le hice saber que me alegraba, y de seguidas me preguntó si había visto a su mamá. No, no la he visto, le respondí.

Me acerqué a mi esposo y lo acaricié. Hoy me miró, pero continúa con su mirada vacía, sin ningún destello de luz; me da mucho dolor y a la vez siento que JJ está en todo su derecho de aceptar lo pactado con el buen Dios, y yo nada puedo hacer. Lo único que quiero es no tener que recordarlo con esa mirada perdida.

Le acaricié la frente, que es lo único que le queda descubierto, le di un beso y le pregunté cómo se siente. Trató de hablarme, pero con lo débil que está y la máscara cubriéndole totalmente su boca, no logré entenderle, aunque creo que me preguntó por el hijo. Le dije que ya está en su oficina, que después que abra va a pasar a verlo, pero justo en ese momento llegó con las cosas que le encargué. De verdad, pensé que pasaría más tarde y se lo hice saber luego de responderle la bendición. Me explicó que optó por ir de una vez, porque hacerlo después se le iba a dificultar dado que le llegaba mercancía, y no sabía a qué hora se desocuparía. Su papá lo oyó, y a mi pedido el hijo se le acerca para hablarle. JJ llora cuando lo ve y lo toma de la mano, es su manera de decirle *llévame contigo*. Luis Alejandro se desploma emocionalmente, y sin embargo saca valor para mentirle: *Tranquilo pa..., cuando salga del trabajo paso por ti*. Entonces lo besó y le pidió la bendición y sin siquiera despedirse de mí salió deprisa, llorando, y con el dolor de haber mentido a su padre. A mí no me queda otra opción diferente a hacerme la fuerte...

En el estar continúa el rebullicio, hay más médicos que de costumbre, supuestamente porque están los supervisores de área. ¿Supervisores de qué? ¡Ver-güenza deberían sentir! ¿Supervisar qué? ¡Pura burocracia! Si yo fuera médico los mandaría a hacer guardias nocturnas para que les toque una como la del sábado; para que así sepan lo que es bueno. Lo

que pasa es que los burócratas abusan de los médicos, porque la mayoría de estos está terminando su postgrado o cumpliendo con su internado rotatorio, y necesitan las credenciales para ejercer debidamente, no quedándole otra alternativa diferente a aguantar.

Lo insólito es que hay médicos de varias partes de Latinoamérica, entre ellos colombianos, peruanos, (los que estuvieron anoche son ecuatorianos) y hay también chilenos. Lo que ocurre es que por el cambio de moneda el postgrado aquí le sale mucho más económico, y de paso existe el consenso de que en este país los postgrados de Medicina son muy buenos, así que en estos tiempos podemos ver a estudiantes latinoamericanos ocupando un pupitre en algún salón de cualquier Universidad.

Me dedico a ordenar nuestra área: acomodo los medicamentos, recojo la basura, la ropa, sábanas, lo que está sucio lo aparto en una bolsa y dispongo todo en su sitio. Las jóvenes que hacen el aseo en los cubículos pasan temprano, y no me gusta que consigan algo fuera de lugar que les impida hacer bien su trabajo. Después que ellas se retiran rocío el área con alcohol, y es así como mantengo a las chiripas bien lejos de nosotros.

Ya tengo todo listo, solo esperando que llegue mi amiga para relevarme. Llamo al hijo para decirle que por favor envíe al chofer a buscarme cuando me vaya, y me dice que Cecilia tiene el carro, que le avise

a ella. Mientras espero que mi amiga llegue, le doy a JJ masajes en los pies, en las piernas y en la espalda, y le pregunto si quiere suero. Con un movimiento de cabeza me responde que no, entonces busco el rosario y oro un rato con él. Hablo con Dios y vuelvo a proponerle que si no lo va a salvar, no lo haga sufrir tanto, no quiero verlo así. Hay momentos en los que no quiero ya rezar; a veces creo que si Dios en verdad nos escuchara a todos, nadie moriría por coronavirus, es más, este maldito virus no existiera. ¿Se imaginan a Dios recibiendo a diario millones de solicitudes provenientes de todo el mundo pidiendo un milagro? ¡Y eso sin contar a los pacientes con otras patologías! Creo que para Dios sería mucho más sencillo decir: *Ordeno que ya no existan más enfermedades*, o decir: *Que se joda todo el mundo, ya me cansé de querer cambiar este puto mundo de mierda*, o enviarnos a cada quien con un cartelito atado al cuello con una cadenita donde esté escrito: *Fulanito de tal, que estás naciendo hoy, te voy a enviar a buscar en 50 años en fecha y hora específica*. ¡Listo! ¿Cuántos problemas nos evitaríamos? Siempre se ha hablado de un contrato al nacer (en lo cual yo creo), lo malo es que no se nos permite recordar lo que firmamos.

Llegó mi amiga, ya terminó su guardia, debe estar cansada aunque alega que la de anoche fue tranquila, y no deja de tener razón. Le informo que allí quedan los medicamentos, y que encargué unos pañales para que sea más cómodo para mi esposo y para mí. Asimismo le informo que no ha querido tomar

suero, que aunque se nota tranquilo se siente cansado y sigue muy pálido. Además, está sudando mucho a pesar de que no hace tanto calor. Finalmente, le pido que me ayude a colocarle el pañal y un centro de cama, antes de llamar a Cecilia para que pase por mí.

Llegó Ceci, me llama y pide que salga, porque ni siendo médico como lo es, la dejan estacionar. Le respondo que salgo enseguida, y le digo a mi esposo que ya regreso, que necesito ir a casa a darme un baño, cambiarme de ropa y buscar ropa limpia para él. Le prometo que haré lo posible por no tardar, y que quedará cuidándolo su amiga la enfermera, por lo que le ruego que se porte bien.

Fue una sorpresa llegar a casa, pues nadie me esperaba, de hecho, mi hermana se alegró al verme y después se puso a llorar. Pedí a todos que por favor no se me acercaran, y me fui directamente al baño. (No podría describir lo que experimenté en ese momento, pero asumo que debe ser lo mismo que sentiríamos al llegar al paraíso). Lo primero que hice fue sentarme en la poceta a tratar de orinar, estoy tan inflamada y tengo tantas horas sin drenar orina que me costó mucho hacerlo, pero lo logré. Me espera la ducha, pero ni siquiera me puedo sacar los pantalones, y cuando al fin lo logré, tocó el turno a los zapatos. ¡Dios mío! ¡Cómo están esos pies! No los diferencio de tobillos y piernas, parecen un todo sólido, parejo, como un grueso tronco duro, están rojos y siento un intenso

cosquilleo. Mi hermana me pregunta a través de la puerta del baño qué voy a comer, y aunque me provocó decirle que nada, (porque en verdad no quiero nada, aún siento náuseas), le pedí una sopa de sobre con pura papa, auyama y cilantro y que por favor licue un poco para llevarle a JJ.

Busco un banco y lo pongo debajo de la ducha para bañarme sentada, pues no doy para hacerlo de pie. No sé cuánto tiempo duré duchándome, recibiendo esa especie de grata sensación mística en que se convirtió la bendición de sentir agua limpia cayendo sobre mi cuerpo, y cuando salí, ya mi hermana tenía servida la sopa en el cuarto. Ella es muy desobediente, no le importa lo del coronavirus, le insisto en que acomode bien su mascarilla y solo se burla de mí, sé que no me va a hacer caso, pero hoy es obediente, se la colocó bien y no se acercó demasiado. Los hijos me saludan y piden la bendición desde lejos, y mientras me tomo la sopa les cuento cómo van las cosas. Mi hermana es la llorona de la familia, está hecha un mar de lágrimas, ella y JJ se aman y lo que más la entristece es que la última vez que se vieron, JJ le metió al loco y ese día discutió conmigo y con ella. Cuando se fue a su casa, él no se dio cuenta, por lo que no se despidieron y ella tiene ese resentimiento, y aunque a él se le pasó enseguida la rabieta, ella no pudo molestarlo como siempre lo hacía. En eso se la pasan, los dos se aman, se pelean, y no pueden estar el uno sin el otro.

Terminé de tomarme la sopa y me dispuse a descansar un rato. El tiempo pasa volando, me tomo mis medicamentos y trato de dormir un rato, pero me es imposible. Cierro los ojos, me coloco la fomentera tibia en las piernas y luego en la espalda, busco fríamente poner en orden mis pensamientos, mi serenidad me dice que no me haga muchas ilusiones, pero mi corazón se niega a rendirse, hay cosas que debo resolver y estar preparada para lo que sea.

Son las tres de la tarde, ya es hora de ir saliendo, metí en el bolso algunas cosas y casi que salgo corriendo. Mi amiga estaba sentada al lado de JJ cuando se sorprendió al verme llegar. Me acerqué a la camilla para hacerle saber que llegué.

—Te traje sopa como te gusta, viejo. Tómate unas cucharaditas antes de que se marche la amiga, le dije entusiasmada. Ella lo animó, y entre las dos lo acomodamos y logramos que tomara un poco, cosa que nos alegró bastante.

Se marchó nuestra amiga, me senté junto a él, y al igual que siempre lo hago, apoyé mi cabeza lo más cerca posible de su pecho. Está de lado, lo acaricio, siento su respiración muy agitada, le mido la oxigenación y no lo puedo creer, la mido de nuevo, marca 75. Entro en pánico, busco al médico y le digo lo qué está pasando, y él me dice que ya mi esposo tiene orden para subirlo a piso. Enfurecida le pregunto:

—¿Cómo que subir a piso? ¡Está loco! No ve que mi esposo está mal...

—Eso no lo decidí yo, esas fueron las indicaciones que dejaron en la mañana.

—¿Y quién coño da ese tipo de indicaciones?, le pregunté indignada.

—Los supervisores...

—¡Al diablo los supervisores!, le grité. ¡Usted no ve que si lo mueven se muere! Por favor, venga conmigo y véalo.

Él me siguió y llamó al enfermero. Cuando lo vi, doy cuenta de que es el mismo que me atendió hace días (ya ni sé que día), y enseguida buscó la caja donde guardo los medicamentos. Antes de que el doctor le diera las indicaciones, ya tenía todo preparado. Ambos se quedaron con mi esposo hasta que lo estabilizaron, y el doctor se fue al estar para actualizar la historia. El enfermero se quedó un rato más, y volvió a medir la oxigenación: aún estaba baja, pero en 86. Entonces con un agradable y cordial gesto de solidaridad me dijo: —No permita que lo suban, cualquier cosa que necesite me avisa...

Trato de serenarme, de recobrar la cordura, y voy al estar a disculparme con el doctor. Me miró con desenfado al tiempo que me entregaba un récipe.

—Si puede, búsquese esto para una emergencia y trate de averiguar dónde puede conseguir un equipo CPAP Nasal. (Para esto último, me dio otro récipe).

No entendí nada de lo que allí estaba escrito, por lo que enseguida llamé a Cecilia para ponerla al tanto de lo que acababa de pasar.

—Tranquila, ya salgo para allá, me dijo.

Casi enseguida llegaron el hijo y ella, le di los récipes y salió a buscar al doctor. Me quedé con Luis Alejandro a la espera, no sé de dónde saqué fuerzas, pero me sentía serena y le pedí que llamara a nuestra amiga que administra una funeraria. Él se desmoronó, y solo atinó a preguntarme:

—¿Ma... seguro?

—Sí, hijito, hay que hacerlo...

Regresó Cecilia al poco rato. El doctor le explicó todo lo que está pasando y lo que se necesita, por lo que le dice a Luis Alejandro:

—Vamos, hay mucho por hacer, lo primero es buscar estos medicamentos. Él volteó, me miró como buscando mi asentimiento, y les di la bendición.

Cuando ellos se marchan, llamo a mi cuñada para pedirle por favor que hable con sus amigos sacerdotes, porque JJ necesita la extremaunción; que les pregunte si pueden dársela a través de la oración, ya que por lo del Covid es difícil conseguir ahora que un sacerdote venga hasta el hospital. Ella no lo puede creer. ¡Cuánto dolor me da tener que pedirle ese favor!

Me quedo con mi cabeza apoyada en el pecho de JJ. Es la única manera que puedo sentirlo, parece que me hubieran arrancado todos los sentidos, no me conozco, no me siento, solo busco sentirlo a él. Su

respiración es la voz que me llama: ¡Negra!, ¡Negra! Su respiración es la voz que me susurra: ¡Te amo! ¡Te amo! Su respiración es la voz que me grita: ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! Su pecho llueve latidos fugaces y relampaguea quejidos, dejando al descubierto con su luz el pálido oscurecer de su alma.

Buscando el oxímetro, la vecina interrumpe mi súbita caída al desconsuelo. Esta vez se lo paso sin siquiera levantar mi cara del pecho de JJ; si por mí fuera, desaparecería de la vista de todos y me quedaría sola al lado de él, buscando en su rostro una sonrisa, tan solo una sonrisa como sonríe de bonito cuando está feliz. Si tan solo me regalara una sonrisa que borre por completo esa mirada que no quiero nunca tener que recordar, que resquebraja mi corazón, entonces quizás se aliviaría la carga que soporto en el ocaso de mis fuerzas.

No tengo mis manos para sostenerte,
mis manos están solo para sentir tu pecho,
para sentir cómo lentamente te escapas de mí.

Estoy confundida, estoy perdida,
tan solo me bastaría tu sonrisa
y los dos volveríamos a la vida.

Hora del tratamiento. Llegó el enfermero amigo, veo bondad en sus ojos y le sonrío, me separo de JJ para que cumpla con su trabajo; aprovecho y camino un poco sin mirar a los lados. Más temprano llegó una paciente con una crisis nerviosa, no me explico cómo

fue ingresada con esa patología, pues no dejaba de gritar quejándose y eso mantenía a los pacientes y familiares en estado de total estrés. Los médicos no sabían cómo controlarla, obvio, no son siquiátras, y tampoco este es el mejor sitio para atender esos casos. Estaba acompañada por su esposo y por una jovencita que era su hija, a los dos se les notaba muy apenados por la situación presentada, pero a mí no me importaba, después de todo, esa pobre mujer era una víctima más en este pandemio; bueno, en verdad, ya nada me importaba.

Cuando salió el enfermero del cubículo, regresé al lado de JJ. Parecía no sentirme; esta vez me subí a la camilla a la altura de sus pies, apoyándome en la pared, me coloqué los audífonos, le activé al *iPad* todo el volumen que mis oídos pudieran soportar y traté de leer un rato, o al menos simular que lo estaba haciendo.

Era tarde, creí que Luis Alejandro y Cecilia no regresarían, pero llegaron con los medicamentos por si se presentaba una emergencia, ¡Dios no lo permita! Cecilia me habló sobre el equipo que sugirió el médico, y según entendí es una especie de máscara que cubre toda la cara para que el oxígeno llegue mejor a los pulmones. Las siglas CPAP provienen del inglés, y desglosadas en castellano significan más o menos algo así: “presión positiva continua en la vía aérea”. Sirve este aparato para proporcionar aire a una presión lo suficientemente alta como para evitar que las

vías respiratorias colapsen. Bueno, eso fue lo que entendí, pero la verdadera noticia es que se puede alquilar, y mañana harán esas vueltas, pues hay un amigo de Cecilia que lo puede conseguir más económico, pero aun así el alquiler es costoso, por lo cual también hay que preocuparse por conseguir el dinero.

¡Mañana será otro día y Dios proveerá! Vuelvo a mi sitio, siento la sábana húmeda. JJ tiene el pañal muy mojado, necesito cambiarlo y se me hace muy difícil moverlo, porque está desgastado físicamente y su cuerpo ya no responde a estímulos de impulsos motores... pesa demasiado. Busco al enfermero para que me ayude a cambiarlo y me pide que lo espere un momento. Mientras llega, hablo con el joven vecino, quien ya se sienta en la cama y puede hablar. A pesar de la máscara, se le entiende claro; me identifico con él porque también le falta el ojo izquierdo. Curiosa le pregunto cómo lo perdió, y me cuenta que fue en un accidente de moto, que ya ha sufrido dos, en el de la moto se estrelló y perdió el ojo además de sufrir varias fracturas, y el otro fue en un camión, pero afirma que desde que se convirtió al cristianismo evangélico todo en su vida ha cambiado. También dice que no saben lo que tiene, que a veces se queda sin poder orinar y se asfixia.

Llegó el enfermero y al ver lo difícil que es mover a JJ me sugiere que le coloquemos una sonda, que eso sería lo mejor para él, y así yo no tendría que estar moviéndolo. —Si esto va a ser para su bien, entonces acepto, le acoté.

—Lo único es que hay que tener el equipo adecuado. Si puede conseguirlo, yo mismo se lo coloco.

Le pedí que por favor me diera las indicaciones de lo que se necesitaba. Fue a buscar al médico para que autorizara la colocación de la sonda e hiciera el recípe. No quise esperar y enseguida llamé al hijo para que pasara por el hospital y fuera a comprar lo indicado. A pesar de ser más de las diez de la noche, el hijo enseguida llegó, el enfermero le dio unas recomendaciones sobre lo que iba a comprar y nos dijo que en cuanto llegara el material lo ubicáramos.

11:30 p. m. Llegó mi hijo con los insumos, buscamos al enfermero pero estaba ocupado con el tratamiento de un paciente, y me pidió que por favor lo esperara un momento. No hay un solo minuto en que estos soldados no estén prestos en el campo de batalla. Héroes anónimos sin monumento en una plaza a la que les lleven hipócritamente flores blancas una vez al año ¡Qué afortunados son!

Mi hijo esperó conmigo. Pasaron unos cuantos minutos en los que no dijimos una sola palabra, no hablamos, ya no tenemos nada que decir. De vez en cuando nuestros ojos se cruzaron y ninguno de los dos nos quisimos ver, no soportábamos el peso de nuestras miradas cargadas de impotencia y vergüenza por no saber si estábamos haciendo lo correcto. ¡Qué difícil es tener la vida de alguien en nuestras manos!

¿Por qué siempre queremos ser el que todo lo sabe? Si yo quiero morirme en mi cama, ¿por qué negarme esa voluntad? Me aterra estar cometiendo el cruel pecado de decidir por JJ. ¿Quién soy yo para obligarlo a estar sin vida en este maldito hospital? ¡Dios mío, perdóname! ¡JJ, perdóname!,

Llegó el enfermero y revisó el material médico que mi hijo trajo. Todo está en orden, no faltó nada. Me pidió alcohol, se desinfectó bien sus manos y le pidió a mi hijo que lo ayudara a mover a JJ. Salí del cubículo y los dejé realizando el procedimiento para colocar la sonda. Al terminar lo asearon, le cambiaron las sábanas y lo colocaron boca abajo. Ya ni siquiera reacciona, no se queja, nada le importa. Le doy las gracias al enfermero y le pido a mi hijo que se marche, y que enseguida llegue a la casa pase directamente al baño para que se duche, y coloque la ropa en una bolsa negra para luego lavarla aparte.

Con JJ en posición boca abajo no siento su pecho, solo siento el sonido que produce el paso del oxígeno por la máscara que cubre su rostro y alimenta sus debilitados pulmones. Me atormento pensando que llegamos al hospital caminando solo para buscar no sé qué cosa, cuando ya en casa estábamos recibiendo tratamiento. Hoy a estas horas no me alcanzan los pensamientos que viven en mí para preguntarme una y otra vez: ¿Qué carajo nos llevó a desviarnos esa mañana hasta llegar a este maldito lugar, que más bien

parece un campo de concentración? ¿Qué vinimos a buscar? ¿Por qué no desperté y salimos de allí, cuando JJ lo pedía? ¿Estaba escrito? ¿Fue solo una mala decisión?... ¡Cómo saberlo Dios mío! Culpas, culpas, culpas... solo culpas atraviesan mi corazón como filosas espadas. Prefiero morir, antes que vivir este tormento noche y día...

El sonido del Covid no deja de retumbar entre paredes y piso del hospital, mientras doña muerte se pasea por los pasillos al son del *rummm... rummm... rummm*. Hoy no quiero contar muertos, no voy a seguirle el juego a la muerte, tengo los audífonos puestos tan adentro en mis oídos que duelen, y aunque ni yo misma me lo crea, escucho vallenatos con el volumen tan alto que no logro sentir la respiración de JJ. A él le gusta mucho el vallenato y yo casi que no soporto ninguno. Disfruta escucharlos a full volumen, y los fines de semana protagonizamos una guerra, él con su Diomedes y yo con mi Chopin.

De repente escuché la alarma del despertador. ¡No puede ser! Ya son las cinco de la mañana y el vallenato aún retumba en mi cabeza. Me levanto asustada, toco a JJ, está dormido; le mido la saturación y continúa en 84. ¿Cómo pude quedarme dormida tan profundamente? ¿En qué instante pasó? Le pregunté al joven de al lado si en algún momento sintieron a mi esposo, y me respondió que no, que su mamá cuando me vio dormida estuvo pendiente y que el enferme-

ro pasó a cumplir el tratamiento de las 2:00 a. m. y no quiso despertarme. Me pregunto una y otra vez: ¿Cómo pudo pasar? ¡Desde que estamos en el hospital jamás me había quedado rendida de esa manera! Chequeo la bolsa conectada a la sonda, JJ se mueve, apenas abre los ojos y le pregunto cómo se siente. Su manera de responder es abriendo y cerrando los ojos, entonces lo abrazo y me quedo por un momento con mi rostro unido al de él. Está sudando, es por la posición, no puede moverse; trato de levantarle un poco la cabeza para poder secarle el sudor, lo siento caliente y enseguida le mido la temperatura: no tiene fiebre.

Martes, 14 de diciembre de 2021

6:00 a. m. Llega el enfermero a cumplir el tratamiento, y con mucha pena le pido disculpas por quedarme dormida como una buena idiota irresponsable, en lugar de estar cuidando a mi esposo. Él se ríe y me comenta que me vio tan profundamente dormida, que no se atrevió a despertarme, y como JJ estaba tranquilo le cumplió el tratamiento sin ningún problema.

Al igual que otros días, esta mañana nos pidieron esperar afuera mientras los médicos pasaban visita y hacían el cambio de guardia. Hacía una mañana fresca, el sol con sus rayos de colores se dejaba colar entre las ramas de los árboles en las afueras del hospital y los pájaros bulliciosos entonaban sus cantos matutinos;

algo había en el ambiente que lo hacía sentir diferente. Caminé un poco alejándome de la concentración de personas, donde unos buscaban tomarse un café, otros saciar su hambre con un pastel y un jugo de naranja, mientras los perros y gatos hambrientos se acercaban a esperar que alguien dejara caer un pedazo de cualquier cosa, para pelearse entre ellos la presa. La fila de quioscos se llenaba de compradores; a la orilla de la calle y colgadas entre los árboles permanecían varias hamacas, donde algunos familiares de ciertos pacientes pasaban la noche. Muchos aprovechaban récipe en mano el momento para pedir una limosna y así reunir un poco de dinero para poder comprar aunque fuera un medicamento de los tantos que necesitaban.

¡Mercado de miseria, fe, esperanza y dolor! Poco a poco fui alejándome del bullicio hasta llegar a un terreno con grandes y vetustos árboles, y allí me tiré sobre las hojas que alfombraban el suelo. Solté la mascarilla y al fin pude respirar como hacía días no lo hacía, llené mis pulmones con aire fresco, jugué con las hojas entre mis dedos; sabía que no contaba con mucho tiempo, y traté de llenarme de esa serenidad que a gritos pedía mi corazón. ¡Qué bueno fue reencontrarme con mi yo perdido!

Cuando regresé al cubículo, JJ aún dormía. Se podría intuir que no despertará más, pues ayer al menos me pedía orinar y luchaba por permitir cambiarle el pañal, y su respiración ahora parece más serena.

Me llama el hijo y como siempre, me pregunta cómo va todo y si necesito algo.

Le digo que no, pero que por favor le encargue a Cecilia concretar con su amigo el alquiler del equipo que estamos necesitando. Luego llama la hija y me dice que no me preocupe por el equipo que su padre necesita, porque ya Cecilia lo está buscando. —Sí hija, ya lo sé. Todo va a estar bien...

En medio de todo este caos en que se ha convertido nuestra existencia, recuerdo con pesar que JJ solo se está alimentando con sueros... y yo también.

Llegó al fin Cecilia y de inmediato examinó a JJ porque sabe que está mal. Me informa que ya ubicaron un equipo que le harán llegar hoy o mañana a primera hora, pero me preocupa que demore tanto la entrega. Le hago saber que el costo de 300 dólares por cada tres días no me preocupa, y me responde que así mismo le dijo Ángeles. Revisó los medicamentos, constatando que no falta nada. ¡Gracias a Dios!

Llamaron mi mamá y mi sobrina y les comenté lo del pago del equipo que está necesitando JJ. Mi sobrina enseguida me dijo:

—Tía no se preocupe, el costo del equipo lo cubro yo. (¡Otra obra del buen Dios!).

El día de hoy ha transcurrido sin novedad, JJ sigue en las mismas condiciones. Después de quedarme

dormida anoche tan profundamente, ya no paso mucho rato en el mismo lugar, ni en la misma posición. Camino, hablo con los vecinos, trato de hablarle a JJ. El enfermero de guardia me ayudó a colocarlo un rato de lado para que no sude tanto el pecho y lo hemos estado moviendo poco a poco. No quiero seguir buscando un culpable a tanto sufrimiento y me refugio en la oración. La mamá del joven vecino, cada vez que ora por su hijo también lo hace por JJ, son buenas personas. El joven dio negativo a las pruebas del Covid, pero le están haciendo varios exámenes para diagnosticarlo porque aunque se ve bastante mejor, aún sigue hinchado y presenta episodios de disnea.

Hoy vi al esposo de la señora que llegó de Santa Cruz y me dijo muy contento que ella está mejorando. Me alegré mucho, pero es increíble, pensé que esa señora no saldría del cuadro clínico que presentó. También me vi con la anterior vecina y me contó que su esposo estaba de alta. ¡Noticias buenas!, pero muchos de los que estaban cuando nosotros llegamos, se han ido; esto se parece al juego de la ruleta rusa, no sabes si en el próximo intento se dispara el arma y caes.

Está anocheciendo, y en mi fuero interno, ya no quiero que llegue la penosa y temida oscuridad. Luis Alejandro y Cecilia pasan por el hospital para confirmarme que mañana temprano les hacen entrega del equipo CPAP nasal. Trajeron algo para la cena, pero

no paso comida, y les confío que solo estoy tomando suero y no mucho, para que no me den ganas de ir al baño. Listos para marcharse, el hijo se despide de su papá, y le doy la bendición.

Por la noche el sonido del Covid siempre es más intenso, no me acostumbro, aún no me explico cómo llegué a relacionar el ruido que produce el choque entre los cilindros de oxígeno y el piso, con el sonido del Covid. ¡Si el Covid no suena!, me digo a mí misma. ¡Solo mata! Y doña muerte únicamente pasa para acompañar a las víctimas en la transición de este plano terrenal al plano espiritual. ¡Así de sencillo es! Lo que no debiera ser es que esta transición duela tanto. Hay quienes alegan que nacer duele, pero no, el que nace no siente dolor, el dolor es sentido por la madre que está pariendo a ese nuevo ser, y morir tampoco duele.

Las personas que han entrado en ese estado de transición y han podido regresar después de haber permanecido por unos minutos clínicamente muertas, aseguran que solo sienten paz y la alegría de saber que regresan al verdadero hogar. Quien siente dolor y sufre es el familiar, al ver cómo su ser querido se marcha. Esto es difícil de entender, por muy preparados que estemos espiritualmente; yo llevo años en este proceso y cuando creí que estaba preparada, aquí me tienen dudando, cayendo en tentaciones, cobardemente disminuida entre mis miserias humanas.

La muerte nunca dejará de ser el gran misterio, todos, seamos de la creencia que sea, lloramos a nuestros muertos. El por qué no lo sé, tal vez sea porque el egoísmo nos hace creer que somos los dueños absolutos de todo cuanto nos rodea, incluyendo las personas que tenemos cerca.

Vuelvo a colocar mi cabeza cerca del pecho de JJ para sentir aunque sea muy despacio su respiración, esa respiración que alimenta mi fe en que va a salir de ese encierro en el que se encuentra prisionera su alma. Aunque le pregunte mil veces si quiere irse, él no va a responderme, porque no quiere verme sufrir. Así de sencillo es, y me lo explico y me lo repito una y otra vez, pero mi yo humano no me deja ver más que mi dolor.

Esta noche no voy a usar los audífonos, porque temo que el cansancio me venza nuevamente y me quede dormida como anoche; creo que el momento está cada vez más cerca, por eso no quiero ni debo apartarme de JJ en estas horas cruciales. Tampoco estaré pendiente del reloj, solo estaré a su lado lo más cerca posible sin molestarlo, sin interferir en lo que el buen Dios tenga dispuesto para él. Es noche de oración, meditación, relajación y bendición; el silencio es la mejor compañía entre los dos, es la conexión perfecta entre almas que se necesitan. ¡Al demonio todo lo demás! Lo único que mantendré a mi lado es la tableta de notas, como si fuera una cámara fotográfica, retratando el más mínimo pensamiento que pase por mi mente.

Llega alguien a pedirme prestado el oxímetro y se lo entrego, siempre pidiendo que por favor me lo regresen enseguida lo desocupen. No me importa de dónde vengan a pedirlo prestado, ya me acostumbré a que este aparato se pasee por todo el hospital. Los enfermos no dejan de llegar a Emergencia en busca de asistencia. ¡Pobres inocentes! ¡Si supieran que aquí lo único que encuentran es aumentar su agonía! Perdón..., no debo ser tan radical, pues también he visto personas marcharse sanas, y les juro que me gustaría saber que es más alto el porcentaje de los que retornan tranquilos a su hogar.

El enfermero llega a cumplir el tratamiento. Medimos la saturación y vemos que sigue bajando, está por debajo de 80, para mayor exactitud, en 74. Llama al médico y le pide autorización para pasarle uno de los medicamentos que me pidieron, por si era necesario usarlo de emergencia. El doctor se acerca, me hago a un lado para que examine a mi esposo y me pregunta si ya conseguimos el equipo que pidieron, a lo que respondí que sí, que mañana a primera hora lo traen. —¡Bien!... porque lo va a necesitar, agregó con sutileza.

El enfermero le pasó todo lo que el doctor le indicó, y en minutos se estabilizó la saturación en 80, y sin embargo, el dedicado joven paramédico se quedó un rato más junto a él.

La madrugada ha sido complicada, su respiración por momentos está agitada y en otros casi ni lo sien-

to respirar. Coloco mi cara en su pecho para sentir el calor y su corazón, le hablo; le pido que oremos con el rosario entre nuestras manos, no para que el Padre nos conceda el milagro de la salvación, sino para que nos otorgue el milagro de la aceptación, el milagro de creer en la vida y no en una religión que salva o condena. La vecina (que duerme muy poco por estar pendiente de su hijo), ora con nosotros en su lengua, no hace falta que lo haga en el nuestro, el amor y la solidaridad son al igual que la sonrisa, un idioma universal.

Se han escuchado varias veces los cantos del Covid, pero ya no les presto ninguna atención. Las luces esta noche no se han apagado y todo el tiempo ha habido un médico en el estar, creo que desde que llegamos es la primera vez que esto sucede. Es extraño, pero hoy no he sentido cansancio y aunque mis pies están hinchados, desde la mañana no he vuelto a orinar y tampoco he comido; parece que estuviera bajo efectos de una anestesia; ahora quien parece estar vacía soy yo, por eso me desconozco, o probablemente sea que he vuelto a mi estado de conciencia original.

Esta noche ha sido de oración y recuerdos, de recordar esa sonrisa tan tuya, y esas manos casi perfectas; de reírme de tu mal carácter, de tus malos chistes, de la vez que no sé por qué te enojaste y pagaste tu rabia con el árbol de navidad, y después que te pasó el enojo, yo en venganza rompí todos los platos, los

vasos y cuanta cosa de vidrio había en la cocina. Al día siguiente saliste y apareciste luego con todo nuevo. Recuerdo el día en que me pediste que te preparara un hígado en jugo de naranja, y como no supe hacerlo, compraste una colección de treinta libros de cocina; o el día que me regalaste un *Resort* en la isla de Margarita porque yo soñaba con un apartamento a las orillas del mar, y eso no estaba al alcance de nuestro presupuesto. O la vez que choqué el carro y te enojaste tanto, que cuando llegaste al sitio del accidente el pobre señor al que le había desbaratado el carro, sintió tanta pena por mí y tanto enojo contigo, que me dijo: *Señora váyase a su casa, por mi carro no se preocupe*. Después de arreglar el carro, volviste a entregarme las llaves. Evoco también a mi querida suegra diciendo: *Mirna se ganó el Cielo, porque a este grosero no lo aguanta nadie, solo ella*. Y rememoro a nuestros hijos diciéndome: *Ma, déjalo quieto... que pa siempre hace lo que tú quieras, aquí quien manda eres tú; papi solo es gritón*. Y de allí es que siempre te decía: *Tú tienes que morir primero que yo, porque nadie va a querer cargar contigo*. Y ahora creo que hasta en eso me vas a complacer. ¡Qué broma JJ, que una no pueda jugarse contigo!

Pasa de nuevo el enfermero a chequear el tratamiento y a medir la oxigenación. Su salud se está deteriorando velozmente, lo siento, es algo que me lo dicen no solo sus ojos que ya no abre, que no me miran, también me lo dice su calma. ¡Qué valiente eres, amor mío!, que en estos momentos guardas tanta paz. Al principio te

cuestioné y hasta llegué a llamarte cobarde porque no luchabas. ¿Qué sabe nadie de lo que pasa por la mente de alguien que parece saber cuál es su destino? Sentir miedo es de guerreros, porque desde el miedo es que te levantas y vences. No sé qué hora es y no quiero saberlo, quiero estar aquí sintiendo la eternidad a tu lado, guardando en mi pecho tu respiración y que los latidos de tu corazón queden tatuados en el mío...

Miércoles, 15 de diciembre de 2021

Está amaneciendo... siento frío. Pasan a cumplir el tratamiento de las 6:00, a través de la ventana veo la luz de la mañana, aprovecho que el enfermero está con JJ para salir un momento. Necesito respirar, la mascarilla me asfixia, ya mi coronavirus debe estar igual de cansado que yo. Salgo solo por unos minutos, observo los primeros rayos del sol, respiro un poco y regreso. Aún está el enfermero en la habitación, intercambiamos unas cordiales palabras, la saturación continúa bajando y vuelve a estar en 70. Recuerdo que la señora que llegó de Santa Cruz presentaba una saturación de 40 sin oxígeno, y después de colocárselo le subió rápidamente. Saco entonces la cuenta y calculo que si JJ estuviera sin conexión al vital gas, su saturación seguramente sería extremadamente baja.

Continúo sintiendo frío. El personal médico está en el estar preparándose para el cambio de guardia; veo mo-

vimiento en los pasillos en el momento que el hijo me llama. Al igual que siempre, me pregunta cómo van las cosas y le respondo que igual, que no hay mejoría. Me dice entonces que Cecilia va a buscar el equipo para llevarlo temprano, le pregunto cómo están todos en casa y me responde que bien. Yisu, Miguel y Manuel (hijo menor, nieto y sobrino) están tranquilos, los tres se apoyan, mi hermana Esperanza se está haciendo cargo de todo. Le pregunto a Luis Alejandro por Ángeles y me dice solo que habló con ella anoche, antes de preguntarme si necesito algo. Le respondo que no, nos despedimos hasta más luego y le doy la bendición.

Aprovecho el cambio de guardia para salir otro rato. Llegó un vendedor de café, me provocó tomarme uno y le pedí al señor que me esperara un momento mientras busco el dinero. Regresé al cubículo y todo continúa tranquilo, salgo nuevamente, compro tres cafés, uno para mí y dos para los señores de seguridad que han sido muy amables conmigo. Bebí rápido mi café y enseguida regreso, me doblo para guardar el monedero y cuando me levanto veo que JJ alza la cabeza, cosa que no había hecho desde hacía rato. Me asusté, se le cayó la máscara del oxígeno y su cabeza también cayó. Como puedo lo acomodo y busco tomarle la saturación, pero cuál es mi asombro cuando veo que el oxímetro no marca. Trato de enderezarle la cabeza, le coloco mejor la mascarilla y salgo corriendo en busca del médico, a quien encuentro a unos dos cubículos del nuestro.

—Doctor, por favor, ¡rápido! Mi esposo no está respirando.

El doctor deja lo que está haciendo y se viene conmigo, le toma la oxigenación, lo examina y me dice:

—¡Vamos a llevarlo a UCI!

A pesar de que había decidido que si esta situación se presentaba, mi decisión sería aceptar lo mejor para él, no sé de dónde saqué el valor para decirle:

—No doctor, sin UCI. Déjemelo tranquilo...

—¿Está segura?

—Sí doctor, segura. ¡Que se haga la voluntad de Dios!

El doctor puso su mano en mi hombro y dijo:

—Entonces despídete de él, aún puede sentirte.

Salió entonces para dejarnos solos... y todo terminó. El pecho de JJ dejó de respirar, y los latidos de mi corazón se fueron con él.

Llamé a Cecilia para que por favor fuera ella quien le diera la triste noticia a Luis Alejandro.

¡Todo pasó muy rápido!
Te fuiste canto mío
una mañana en que las aves
se vistieron de frío,
el sol brilló de colores,
y el verdor de las campanas
se tiñeron de seco óxido

arrastrando con pesada mueca,
el sonido fúnebre de tu último suspiro.

Te fuiste canto mío,
en las agujas invisibles
del reloj de arena
que se traga el tiempo,
en los calurosos desiertos
llenos de claros espejismos.

Te fuiste canto mío
con mi pecho encima de tu pecho,
con retumbar de campanas
anunciando tu llegada
al paraíso elegido
como última morada.

Te fuiste canto mío,
llevándote sobre tu pecho
él éxtasis de mi corazón,
y dejándome a cambio
sobre mi pecho,
el sublime canto
de tu respiración.

Casi de inmediato llegaron mi hijo, mi hermana y Cecilia. Aún el cuerpo de JJ estaba en la camilla esperándolos para dejarles también a ellos su última mirada, ya no vacía, al contrario, sus ojos parecían haber recobrado su resplandor, su piel volvió a tibiarse, con ese fuego que solo quienes han sentido amor son capaces de transpirar en el más absoluto de los silencios.

Todo terminó para ti en este plano. ¡Feliz regreso a casa, JJ! Si alguien merece ver la maravillosa luz de la divinidad, ese eres tú. Te fuiste con tus manos llenas de obras buenas, te fuiste cargado del amor de tus hijos y de todos quienes te conocieron de verdad. Estuviste lleno de errores, pero también de aciertos, y nadie puede dudar que el amor fue tu ángel compañero.

Este camino apenas comienza, tú te marchas, yo quedo. Mi contrato no sé cuándo termine, pero seguiré preparándome para cuando llegue el momento de nuestro reencuentro. ¡Hasta pronto, mi viejo!

EPÍLOGO

Habermé enfrentado las veinticuatro horas del día con la señora muerte, no es nada de lo que me sienta orgullosa. ¡Es aterrador!... ¡Muy aterrador!

Cuando “todo pasa”, las personas te dan una palmada en los hombros y te dicen con cara llena de convicción: ¡Qué valiente eres! ¡Qué valiente eres!... No saben que es lo último que quieres escuchar, que tu vida está hecha una mierda porque nunca sabrás si esa maldita decisión de ir ese día al hospital fue la correcta, y que cada noche te asusta la oscuridad, que tu insomnio ya no es insomnio... ¡es tu purgatorio!

Mirna Beatriz

Contenido

PREFACIO	9
Miércoles, 08 de diciembre de 2021	13
Jueves, 09 de diciembre de 2021	14
Comienza nuestra historia...	16
Viernes, 10 de diciembre de 2021	40
Sábado, 11 de diciembre de 2021	58
Domingo, 12 de diciembre de 2021	93
Lunes, 13 de diciembre de 2021	114
Martes, 14 de diciembre de 2021	135
Miércoles, 15 de diciembre de 2021	144
EPÍLOGO	149

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 22 días del mes de noviembre de 2022, el mismo día pero de 1939 en que nace el novelista zuliano Jorge García Tamayo.